

Joan
CRAWFORD
Robert
TAYLOR

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS.
SERIE * ALFA

*Cuando ellas
se*
ENCUENTRAN

Greer
CARSON
Herbert
MARSHALL



Editorial ALFA





CUANDO ELLAS
SE ENCUENTRAN



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL DE LAS Y SA S A
Valencia, 241 - Teléfono 70617
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROMOTORES: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 107 - BARCELONA

AGRIETOS DE VONTAD: Sociedad General Española de Librería
Herbald, 76, Barcelona - Fernán, 4, Madrid

EDITORIAL



AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILM

SERIE  ALFA

NUM. 74

NUM. 321

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

LOS humos literarios han empañado el buen sentido de Mary Howard, quien se autobiografía en la última novela que ha escrito, intentando con ello conquistar lo conquistable; pero inaccesible. Un hombre con sentido común y que anda por el mundo con pie firme, comprende perfectamente el estado de ánimo de aquella mujer, a quien él ama. Con asruacia planea un encuentro entre dos damas y una de ellas da una conferencia de lógica matrimonial a la otra, con lo que consigue hacerle recobrar el equilibrio perdido.

Los cuatro personajes eje de este film: Joan Crawford, Robert Taylor, Greer Garson y Herbert Marshall, son los intérpretes ideales de una comedia tan bien escrita como realizada.

PRODUCCION



Calle de Mallorca, 201

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Mary Howard</i>	Joan Crawford
<i>Jimmy Lee</i>	Robert Taylor
<i>Clara Goodraf</i>	Greer Garson
<i>Rogers Goodraf</i>	Herbert Marshall
<i>Bridget del Canto</i>	Spring Byington
<i>Walter del Canto</i>	Rafael Storm

Director

ROBERT Z. LEONARD

Novelización de
MARCOS ESTRADA

Cuando ellas se encuentran

RESUMEN ADICIONADO
DE LA PELÍCULA

ENTRE GENTE DE LETRAS

ANTES de entrar a contar al lector la pequeña tragedia que Mary Howard quiso preparar para sí misma, bueno será que demos una ligera descripción, unas simples pinceladas, acerca de los personajes más importantes que entretendrán con sus pequeñas pasiones y amores al que tuviere paciencia de llegar hasta el final.

Mary Howard era una mujer joven, inteligente, atractiva, literata de profesión y excesivamente moderna. Sus novelas siempre eran románticas y rara vez lógicas.

Jimmy Lee, periodista, impetuoso, simpático, bien parecido, admirador devoto de Mary, no llegaba su cariño hacia ella al extremo de ofuscarle y se daba perfecta cuenta

de que el romanticismo de la joven sería causa de más de un disgusto entre los dos.

Roger Goodruf, hombre de mundo, joven todavía, dedicado al negocio editorial, gozaba de gran simpatía entre las damas y no tenía demasiado en cuenta que su esposa Clara era una mujer encantadora, simpática e inteligente como pocas.

Del matrimonio del Canto no es necesario dar detalles. Su intervención explicará su manera de ser y las genialidades y despropósitos de Bridget harán sonreír más de una vez. Buena mujer en el fondo, Bridget era una de aquellas personas a quienes la abundancia de dinero y la falta de ocupación hacen de ellas seres divertidos e inofensivos. Su marido, mucho más joven que ella,

pertenecía a aquella clase de vivos que saben elegir esposas ricas y tontas.

Y ahora, volvamos a Mary Howard, esa elegante escritora cuya fama iba en aumento en cada novela que aparecía con su firma y ella iba adquiriendo en «pose» todo lo que perdía en ingenuidad y simpatía.

No tenía el menor motivo para usar gafas. Ni la edad ni la excelente vista que poseía requerían semejante accesorio. No obstante, ella creía que el juego de ponerse y quitarse unos lentes, ya fuese al conceder su autógrafo o para corregir algunas pruebas mientras el editor la observaba, le prestaba aquella nota interesante que no debe faltar a una mujer de letras. Nadie sabía que los cristales de aquellos famosos lentes de Mary eran tan poco graduados como los de la ventana de su habitación. Lo que convenía era la teatralidad, la «pose» con que deseaba revestir su persona, especialmente ante los ojos de determinado caballero.

Bridget del Canto, la gran amiga de Mary, daba una fiesta en su honor. Los invitados eran muchos, si bien la escritora estaba considerada como la protagonista de la fiesta. Ella no había querido entrar en el salón al momento de llegar, en primer lugar para hacer una entrada

teatral y también porque estaba en curso un número de piano y no quería interrumpir. Se introdujo en la biblioteca para esperar un poco y allí la siguió Jimmy Lee, que la saludó efusivamente con su habitual entusiasmo. Mary correspondió fríamente al alboroto de su novio y éste no pudo ocultar su sorpresa.

—Oye, ¿qué te pasa, Mary?

—Nada en absoluto, pero estamos de visita en una casa que no es la nuestra y no me parece bien que alborotes.

—No te preocupes; aquellos gorilas que están en el salón no nos oyen.

Jimmy se fijó en los lentes que Mary había dejado encima de una mesita.

—¿Qué representa esto?—preguntó cogiendo las gafas—. Cuando marché hace pocos días tenías una vista excelente, eras mi encantadora Minnie.

—Te suplico que no me llames Minnie y haz el favor de darme los lentes. Anda, Jimmy, no seas chiquillo, dámelos.

—Tengo una sorpresa para ti, Mary.

—¿De veras?—dijo la joven sin parecer muy interesada.

—¿Quieres que te lo cuente?

—¿Por qué no?

—Pues te explicaré. Estuve ha-

blando con mi editor. Tuve una conversación muy extensa con él, una conversación que condujo a lo que yo quería.

—¿Sí?

Mary contestaba y preguntaba maquinalmente sin parar gran atención a lo que le contaba su novio.

—Sí; logré que me firmara un contrato de cinco años, lo cual quiere decir que tienes ante ti un ciudadano serio, trabajador y dispuesto a contraer matrimonio... y siendo éste el caso, ¿qué me contestas, Mary?

La pregunta cogió de sorpresa a la escritora y vacilando un poco dijo, sin mirarle a la cara:

—Jimmy, hay que hablar mucho antes de tomar ciertas decisiones. Ahora y aquí no es el momento indicado... pero he descubierto algo durante tu ausencia. *

El periodista frunció el ceño y miró a Mary cara a cara.

—He descubierto—continuó Mary—que nuestras relaciones son una cosa trivial...

Jimmy se echó a reír.

—¿Quieres decir que gasto demasiado buen humor?...

—No es eso precisamente, Jimmy. No sé cómo expresarme; parece cosa de chiquillos... «adult infant».

—Déjate de palabras de fantasía,

Minnie; quiero que te cases conmigo y seas la madre de mis hijos. Un hombre que gana un buen sueldo como yo puede tener estas aspiraciones.

—Eres incapaz de sentar la cabeza. No te puedo imaginar como padre de familia.

—Mis hijos serán tan optimistas como yo.

—No, Jimmy, no; hay cosas que no pueden ser.

—Pero, ¿por qué?

Antes de que Mary pudiera contestar cesó la música que se oía en el salón y sonaron aplausos.

—Debo presentarme ante los invitados, Jimmy; dame los lentes.

—¿Qué me darás en cambio?

Se abrió la puerta y aparecieron Bridget y su marido.

—¡Ah! ¿Conque estabais escondidos aquí? Como anfitriona debo presentar a mi invitada de honor—dijo Bridget.

—Perdona, querida; debimos haber entrado hace rato—dijo Mary cogiendo del brazo a su amiga.

Jimmy se había quedado jugando con los lentes y se le ocurrió ponérselos.

—¡Lo que temía! ¡Cristales de ventana!—exclamó.

Sin poderse contener, Mary se los arrebató indignada y se dirigió al salón. Jimmy se acercó a Bridget.

—¿Qué le ocurre a Mary? No parece la misma.

—No la había visto desde que usted marchó, Jimmy. Un poco sospechoso, ¿verdad?

La literata oyó las palabras de su amiga, pero no dijo nada.

Un caballero de cierta edad y una dama se acercaron a Mary.

—Sí, sí, es la señorita Howard —exclamó la señora—; la hubiese reconocido en cualquier parte.

Jimmy, que estaba dispuesto a hacer rabiar a su novia, exclamó en tono burlón.

—Sí, es ella, la mejor escritora del mundo.

—¡Oh, qué placer poder estrechar su mano! —seguía diciendo aquella señora, ajena a las chanzas del despechado Jimmy.

—Gracias, señora, muchas gracias —contestaba Mary con todo su empeño.

—¡Oh, señorita Howard! —agregaba el caballero—. Contamos con sus libros para poder escapar unos instantes de este sórdido mundo.

—Caballero, es usted muy amable. Procuro que mis obras sean lo más espirituales posible...

La pareja estrechó la mano de Mary y se dispusieron a dejar el sitio libre a otros.

—Piensa que el salón está lleno

de admiradores tuyos como éstos —dijo Bridget entusiasmada.

—Pues vamos allí —dijo Mary, decidida a lanzarse entre los entusiastas de su literatura.

Mary vestía un traje tipo túnica, blanco, con un capuchón que la favorecía extraordinariamente.

—¡Qué hermosa está! —exclamó una chiquilla.

Varias jovencitas se acercaron a la literata solicitando su autógrafo.

—Señorita Howard, ¿querrá usted firmarnos su última obra?

—¡Ya lo creo!

—Me gustaría una dedicatoria algo íntima. ¿cómo le diré? Algo así como «A mi amiga...»

—Sí, sí, con mucho gusto; vengan conmigo a la biblioteca —repuso Mary.

Y seguida de las jovencitas entró de nuevo en la habitación que acababa de abandonar.

—Bridget —dijo Jimmy—, ¿cuánto tiempo ha de durar esto?

—Ya se lo podía pensar, Jimmy, y no haber venido si no le gustan estas fiestas.

—Pienso, Bridget, que desde que regresé no había tenido ocasión de ver a Mary.

El marido de Bridget se acercó a su esposa.

—Preséntame a Jimmy Lee; es

la primera vez que le veo, aunque me has hablado tanto de él.

—Sí, tienes razón. Walter es mi marido, y al mismo tiempo, un gran decorador, que está convirtiendo mi casita de campo en un pequeño castaño.

—¿Encantado!—contestó Jimmy, estrechando la mano del joven esposo de Bridget y decorador al mismo tiempo.

—La señora está servida—anunció el mayordomo.

Todos los invitados pasaron al comedor y Mary quedó todavía en la biblioteca rodeada de un grupo de señoras, firmando libros.

—Le agradecería que firmara este para mi hijo—dijo una dama—; está enfermo.

Mary firmó lo que le pidió la señora y se marchó.

Extrañado Jimmy de que Mary no apareciera todavía por el comedor, se dirigió a la biblioteca, y tan absorta estaba ella atendiendo a sus admiradores, que no se dio cuenta de que él entrara y se situara tras ella.

Jimmy cogió un libro y con voz afectada dijo:

—Señorita Howard, ¿será tan amable de firmar mi libro?

Sin pensar en que pudiera ser él, Mary cogió el libro y al levantar la vista vió quién le había gastado la

birria y le arrebató el libro de las manos. Mary se fijó en unas palabras que había escritas en la primera página. Decían así: «¿Has tomado en consideración la idea de casarte conmigo?»

Mary cogió la pluma y al pie de la pregunta escribió: «NO», en el tipo más grande que supo hacer.

—Vamos al comedor, Mary—dijo Jimmy—; todos te están esperando.

Llegaron cuando ya estaban sentados los demás invitados y ellos dos se colocaron en las únicas sillas que habían quedado vacantes.

—¿Por qué has contestado que no a mi pregunta, Mary?

—Jimmy, te lo suplico... ¿Es momento de discutir estos asuntos? Tan buenos amigos como éramos tú y yo.

—No, no, nunca hemos sido amigos. Me enamoré de ti el primer día que te conocí y me declaré a la primera oportunidad, Mary, hemos sido felices; ¿por qué no lo podemos ser para toda la vida? En cuanto termine esta estúpida comedia podemos marcharnos al club...

—No, no puedo; tengo que trabajar.

—¿Tan tarde trabajar?

—Sí, te lo aseguro.

—Mary, estás tan fuera de la realidad que aseguraría que andas

por las nubes. Mira, lo mejor que puedes hacer es fijarte en un hombre como yo, que ya ha sentado la cabeza. Soy un hombre práctico, que te conviene.

—¿Tú un hombre práctico? ¿Un hombre que ha sentado la cabeza? ¿Crees realmente que eres así?

—Lo sería si me dieras oportunidad de serlo.

—Estás en un error, obsesionado y nada más. A ti te conviene una muchacha deportiva que le guste bailar y frecuentar los clubs...

—Cuando una mujer habla como acabas de hablar, es seguro que tiene a alguien en la cabeza. ¡Estoy seguro de ello!

Al decir esto entró en el comedor Rogers Goodruf, el editor de Mary. Esta se puso las gafas y miró atontadamente a Rogers. La maniobra no pasó inadvertida de Jimmy.

—¡Conque éste es el tipo que te tiene trastornada! ¡El que quieres impresionar con tus lentes!

Goodruf fué muy bien acogido por Bridget y su marido, y los tres se acercaron donde estaba Mary.

—Jimmy, te presento a mi editor, el señor Goodruf, el señor Lee.

Los dos caballeros se saludaron cordialmente.

—En cuanto a ti, Bridget, veo que ya eres amiga del señor Rogers.

—¡Oh, sí! Recuerdo que fuimos

presentados en un banco o en una piscina— aclaró Bridget—; era un sitio donde había agua. Mary, veo que no te falta escolta...

Bridget miró a su marido en cuanto hubo dicho esto y segura de que acababa de soltar una tontería trató de distraer la atención de Mary llevándose a Rogers para presentarle a otros invitados.

—Señor Goodruf, quiero que conozca a la señora Prendigrass.

Al separarse los demás, Jimmy murmuró al oído de Mary:

—¿Tu editor? ¿No trabajabas por la Gowan Company?

—Hace algunas semanas que les he dejado.

Antes de que Jimmy pudiera contestar regresó Bridget con Rogers y haciéndole sentar junto a Mary dijo:

—Ahora siéntese usted aquí y procuraré que le sirvan algo.

—No se moleste, señora del Canto; no deseo tomar nada...

—Sí, sí. ¡Pues no faltaría más!

—Insistió Bridget.

No tuvo Rogers Goodruf más remedio que acceder y, sentándose al lado de Mary, le dijo en tono ceremonioso que ya había leído su libro.

—Y... ¿qué le ha parecido?— preguntó Mary, ansiosa de conocer la opinión de su editor.

—Que es lo mejor que ha escrito usted.

—¡Oh!—exclamó Mary, encantada.

—Pero de todas maneras, aconsejo la revisión del último capítulo.

—¿El último capítulo?—preguntó la literata un poco molesta.

—No sabía que hubieses terminado el libro—interrumpió Jimmy.

—Sí, hace algunas semanas. ¿No te lo escribí?

—A mí, no—contestó Jimmy haciendo una mueca.

—Bueno, no te preocupes; mañana mandaré una copia a máquina a tu diario.

El mayordomo se acercó adonde estaba Goodruf para servirle champaña.

—No deseo tomar nada. He venido solamente para recogerla a usted, señorita Howard, porque es indispensable corregir ese último capítulo.

Mary respiró más desahogada y miró a Bridget, que se había acercado a ella.

—Debes perdonarme, querida Bridget, pero ya te dije antes que tenía que trabajar...

—Me hago cargo, Mary: una mujer de tus condiciones no puede perder el tiempo en fiestas frívolas como la mía, lo comprendo. ¿Vais a algún club a corregir el último capítulo de la novela?

Era difícil adivinar si Bridget hablaba en serio o si se estaba burlando de su amiga.

—Tal vez van a escribir el primer capítulo de otra novela—dijo Jimmy con sorna.

Bridget rió la gracia de Jimmy estrepitosamente.

—Walter, ¿por qué no dices cosas ingeniosas como Jimmy?—preguntó a su marido, y al instante se dio cuenta de que acababa de ponerle en ridículo.

Rogers Goodruf, ya de pie, alargó la mano a Jimmy.

—Encantado de haberle conocido, señor Grant.

—Perdone, me llamo Lee.

—Usted debe perdonarme; no sé, pero siempre confundo los nombres de esos dos generales Grant y Lee...

—¿Sí? Aquel Lee perdió la batalla—repuso Jimmy acentuando la frase.

JUCANDO CON FUEGO

HABIAN transcurrido cuatro días desde la fiesta dada por Bridget del Canto a la que concurren Mary Howard, Jimmy Lee y Rogers Goodruf, los tres personajes más importantes de esta farsa, y al cuarto día, Jimmy apareció por casa de Mary, a la que encontró muy atareada arreglando el jardincito que rodeaba la villa que habitaba, en las afueras de la ciudad.

—¿Les das vitaminas a las plantas?—preguntó Jimmy desde la verja, antes de entrar.

—¡Oh, Jimmy! ¿Eres tú?

—Se dice que si se da vitaminas a un geranio anémico, florece extraordinariamente. ¿Puedo entrar?

—¡No!

Jimmy ignoró la negativa de Mary

y levantando el pestillo se introdujo en el jardín.

—No debería dejarte entrar, Jimmy, después de no comparecer durante tres días cuando sabías que te esperaba.

—Ningún día he dejado de venir. Me explicaré. Vine, miré por encima de la pared y te vi en la terraza hablando con Goodruf. Esto fué el martes. Volví el miércoles otra vez en la terraza con Goodruf. Ayer... de nuevo en la terraza con...

—Goodruf es mi editor.

—¿De veras? ¿Y te ayuda a corregir el libro?

—¡Parece mentira que seas tan necio! Por cierto, ¿has leído mi última novela?

—¡Sí!

—No sabes cuánto deseo cono-

cer tu opinión—dijo Mary con mucha amabilidad y zalamería.

Junto adonde estaba Mary arreglando las plantas había una lata en la que se leía la siguiente palabra: «Insecticida». Jimmy la cogió, estuvo observándola y al fin dijo:

—¿Insecticida? Cuando yo era niño, a los hombres como Goodruf se les mataba con esto. Por cierto, supongo que es un hombre casado, ¿no?

—¿Quién? ¿Rogers?

—Sí, ya sabemos que su nombre de pila es Rogers, pero tengo entendido que existe una señora Goodruf.

—Sí, supongo que sí; es decir, sé que existe.

—¿La conoces?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

Jimmy se puso a andar en dirección a la casa y Mary le siguió. Al llegar a la salita, él sacó las copias de la novela que ella le había mandado al diario.

—¿Esto es lo que llaman tu mejor novela? Pues no saben lo que dicen, porque yo te aseguro que es una birria.

Mary no pudo ocultar la contrariedad que le causó la opinión de Jimmy.

—No lo he dicho con el fin de molestarte, Mary. Te consta que te quiero y me he sentido orgulloso de tu estilo; pero ésta...

—Esto gusta al público y finalmente tu opinión es tuya exclusivamente.

—En otros tiempos, mi opinión era tomada en cuenta por ti. Tus primeras novelas eran reales, vivas, y lo eran porque escribías sobre temas que te eran conocidos; temas propios; pero todo lo que hay en tu último libro es artificial. A decir la verdad, pintabas unos tipos de hombre que no me convencían; pero ahora resulta que desconoces a las mujeres.

Mary estaba tan indignada ante una crítica que ella consideraba cruel, que no hallaba palabras para defenderse.

—Quieres pintar a una mujer franca y honrada, pero que no vacila en arrebatarse a un hombre de su esposa. Estos tipos no existen, los has inventado.

—Es evidente que no entiendes para nada a las mujeres—pudo al fin articular la literata.

Jimmy se echó a reír.

—¡Ya lo creo que las conozco! Las hay buenas y las hay malas. No hay términos medios, no los admito. Las que no son buenas se las echa a la basura, como un pescado pasado.

—Te agradeceré que no establezcas comparaciones de tan mal gusto, tan ordinarias.

—¿Me consideras ordinario? Pues ¿qué diremos de tu heroína? El galán ha de pillar a aquella mujer a los pocos días de tratarla.

—Esto ocurriría si el galán tuviera tu temperamento; pero has de darte cuenta de que mis héroes no son de tu clase. Mis personajes son gente con problemas éticos.

—¿Harías tú lo que hace la heroína del libro?

Mary no contestó.

—Te he preguntado si tú harías lo que hace tu heroína.

—¿Quieres hacer el favor de marcharte?—gritó Mary fuera de sí.

Una voz algo ingenua interrumpió la discusión.

—¿Llamo a la policía?

La voz procedía de la terraza. Eran Bridget y su marido. Era evidente que habían oído la discusión entre los dos novios.

—La puerta estaba abierta—explicó Bridget— y hemos entrado. Walter, a ver si sabes ser tan divertido como Jimmy; y usted, Jimmy, procure ser tan agradable como Walter. Bueno, bueno, ¿estaban peleando?

—¡Oh, no!—aclaró Mary—. Sólo discutíamos mi libro.

—¿A ver si adivinan lo que hemos hecho?—preguntó Bridget.

—¿Cómo lo vamos a saber, pobres de nosotros!—dijo Jimmy to-

mando a broma las ingenuidades de Bridget.

—Pues hemos ido a comprar cuadros. Yo le he dicho a Walter: «Nadie como tú, que eres decorador, podrá darme mejores consejos.»

—¿Eso le ha dicho usted a Walter?—preguntó Jimmy riendo ya sin disimular.

—¡Claro que sí! Mary, ¿de qué trata tu libro?

—¡Oh! Trata de una joven, noble y honrada—explicó Jimmy sin dar tiempo de hablar a Mary—, que está loca por un hombre... El hombre parece que también está loco por ella...

—¿Y cómo termina?—preguntó Walter.

—Supongo que se mueren—terminó Jimmy.

Mary intentaba disimular, pero estaba indignada con Jimmy.

—Estoy deseando leerlo—dijo Bridget—. Por regla general, tus libros no me...

Bridget iba a decir que no le gustaban los libros de Mary; pero al darse cuenta de la plancha, varió el rumbo de su conversación y agregó:

—¡Qué día tan caluroso! ¿Verdad? No, no quiero sentarme porque me quedaría pegada a la silla.

—Eso depende de lo pegajosa que sea usted—dijo Jimmy.

—¡Qué gracioso, Jimmy!—dijo

Bridget riendo sin malicia—. ¡Cuánto me alegro de marchar al campo mañana mismo! ¡Oh, Mary! ¿Por qué no vienes el viernes en lugar del sábado?

Jimmy no pudo ocultar un gesto de sorpresa.

—¿Irás a casa de Bridget a pasar el fin de semana?

—Sí.

—A mí también me han dicho los médicos que si no voy a descansar al campo...—dijo Jimmy.

—¿Quieres tomar té?—preguntó Mary interrumpiendo a propósito a su novio.

—Té, no—dijo Bridget.

—Bueno, un combinado, será igual, Jimmy. ¿Quiénts preparar un combinado para cada uno? ¡Anda, sé un buen muchacho y arréglatos!—suplicó Mary con cariño.

—¡Oh, Mary! Tengo que contar algo de Phil y Dora... Yo no me lo creía, pero resulta que es verdad—explicaba Bridget.

Sin tomar en consideración la orden de preparar los combinados, Jimmy escuchaba el cotilleo entre las dos mujeres. Mary quería que las dejara solas un rato.

—Jimmy, los combinados—insistió Mary.

—Los preparará Walter, ¿verdad?—preguntó Jimmy, dirigiendo-

se al infeliz marido de la tontina Bridget.

—Con mucho gusto—respondió aquel.

—Tú y Walter podéis prepararlos—dijo Mary—. ¿No comprendéis que Bridget y yo queremos estar un rato charlando a solas?

—A los hombres nunca nos dejan enterar de nada—dijo Jimmy, mientras cogía el brazo de Walter y salían de la habitación.

—¡Qué gracioso es Jimmy!—exclamó Bridget—. Le invitaré también para el final de semana.

—No hay ninguna necesidad—observó Mary—. A Jimmy puedo verle siempre que quiero. Tengo que repetir y corregir el último capítulo de mi novela y en tu casita de campo podría hacerlo maravillosamente... y si tuvieras la amabilidad de invitar al señor Goodruff...

—Me encantará invitarlo—contestó Bridget, siempre dispuesta a complacer a su ilustrada amiga—, pero el caso es que no conozco a su esposa. ¿La conoces tú?

—No, pero como que no se trata de una fiesta de sociedad, no creo que sea necesario invitarle a ella.

Bridget, pose a su ingenuidad o tontería, miraba a Mary con cierto recelo.

—Se trata de un asunto más bien

comercial—intentaba explicar Mary—. ¿Comprendes?

—No. Es decir, sí, sí. Oye, Mary, ¿te gusta este sombrerito que llevo? Walter dice que parezco una chiquilla. Mary, bien sabes que soy tu mejor amiga, ¿por qué no me lo cuentas todo?

—Pero, ¿qué estás diciendo, Bridget?...

—No, no, sólo pensaba en negocios.

—Tus suposiciones son absurdas, Bridget. Goodruf es un hombre casado.

—Sí, los hombres simpáticos siempre están casados. Goodruf es un hombre simpatiquísimo... ¡Ay, qué aprisa se desliza el tiempo!

—Bridget, estamos viviendo tiempos muy difíciles para las mujeres. A mí me ha gustado siempre la verdad, lo real y estoy rodeada de imitaciones. Si se trata del amor, ¿en qué consiste hoy día? En visitar clubs nocturnos, beber whisky y bailar el boogy-boogy.

—¡No hables así, querida!

—Si no es eso, ¿dime lo que es?

—El amor es algo grande, algo que a todos nos llega algún día.

—Sí, el día en que una lo vislumbra, en que todo es hermoso y poético, entonces ese amor es imposible.

—¡Pobre Mary!

La literata dejó de hablar y al poco rato dijo:

—¿Cómo debe ser la mujer de Goodruf?

—Dicen que no vale nada, una especie de... intelectual. ¿Qué otra cosa puede ser la mujer de un editor— ¿Te habla de ella alguna vez?

—¡Oh, no! ¡Jamás!

Se oyó la campana de la verja.

—Tal vez es Rogers Goodruf. Oye, Bridget, no le digas a Jimmy que invitarás a mi editor.

La insinuación cogió a Bridget de sorpresa, pero comprendió los motivos de su amiga y se apresuró a decir:

—Sí, sí, está bien.

No se había equivocado Mary. El que había llamado era su editor y ella misma salió a abrir la puerta.

—Tengo aquí a mis amigos, Bridget, su marido y Jimmy.

Ambos llegaron hasta donde estaba Bridget.

—¡Oh, señor Goodruf! Usted es la última persona a quien pensaba ver aquí.

—He venido para enseñar a Mary la cubierta de su novela.

—Usted siempre tan atento...

—dijo Bridget por decir algo.

—El calor fastidia mucho a Bridget—interrumpió Mary—, por esto está deseosa de salir al campo, y

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

yo tengo unas ganas locas de conocer su casita.

—Mary vendrá a pasar el fin de semana en casa, señor Goodruff. ¿Usted...?

—Si usted me invita, señora del Canto...—dijo Rogers, dando la invitación por hecha.

En aquel momento entraron Walter y Jimmy trayendo los combinados.

—¿Cómo está usted?—dijo Jimmy dirigiéndose al editor, si bien ignorando la mano que aquél le extendió.

—Walter, no podremos estar mucho rato, porque Mary tiene que hablar de negocios con el señor Goodruff. No tienen idea de los deseos que tengo de marcharme al campo.

—¿Al campo, señora del Canto?—preguntó Jimmy—. Confío en que no me moriré en esta asquerosa ciudad.

Aunque tonta, Bridget comprendió perfectamente que Jimmy esperaba que lo invitara.

—¡Claro, yo contaba con invitar a usted también...

Mary pudo dar una mirada a Bridget y ésta varió la terminación de su frase.

—... algún día!

—¿Pero Mary no irá a su casa este fin de semana?

—¡Oh, sí! Pero a Mary no la con-

sidero una invitada... Señor Goodruff, ¿verdad que el libro de Mary es muy bonito?

—Sí—repuso Goodruff.

—Confío en que se venderá tanto como «Gatos monteses» —dijo Jimmy.

—¿Quién es el autor de «Gatos monteses»?—preguntó Bridget.

—Timothy Bix—explicó Jimmy.

—¡Adoro a Bix! ¡Me encanta!—exclamó Bridget—. Es mi novelista, claro, ¡soy tan romántica!

—¿Seguramente que usted no descendería a publicar las novelas de Bix, señor Goodruff?—preguntó Jimmy.

—¿Descender? ¡Ya lo creo que lo haría!

Un poco desconcertada, Mary interrogaba a su editor con la vista.

—Mi compañía tiene muchos accionistas y tengo que satisfacer a todos. Por lo demás, no creo que Bix cambiara de editores.

—¿Por qué no? ¿Por qué no lo intenta? Es usted muy persuasivo con los escritores—dijo Jimmy.

—¿Conoce usted a Bix?

—Sí—contestó Jimmy con aplomo.

—¿Sabe usted dónde podría verle?

—El sábado marcha hacia California. Yo podría arreglar una en-

trévista el sábado a la hora de comer...

—Sí, pero el sábado...—interrumpió Bridget, y al darse cuenta de que iba a soltar una plancha quiso arrojarlo—es el fin de semana.

Todos miraron a la señora del Canto, y ella, sin saber qué hacer preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las seis y media—dijo Jimmy.

—¡Oh, Walter! ¿Has oído? ¡Las seis y media! Jimmy, ¿nos llevará usted en su coche hasta la ciudad? ¡Los taxis están tan caros ahora!

—Sí, vengan conmigo; mi coche es grande. Señor Goodruf, hay sitio para usted también.

—Muchas gracias, señor Lee, pero tengo que hablar con Mary...

—De la cubierta del libro—dijo Bridget, interrumpiendo—. Adiós, señor Goodruf. Espero que le verá... cuando le vea.

—Buenas noches, buenas noches—dijo Walter, saludando a todos.

—Siento mucho que no pueda venir con nosotros, señor Goodruf—dijo Jimmy con ironía.

Mary salió a despedirles hasta el jardín.

—Estás ofendida conmigo por la forma con que he criticado tu libro—dijo Jimmy al despedirse.

—No, de ninguna manera. Al contrario, creo que eres un genio. Deberías pedir a tu jefe que te deje hacer crítica literaria.

—Te ruego que por un momento te olvides de que eres escritora y vengas a cenar conmigo.

—Lo siento, Jimmy, pero hoy no puedo ser.

—Bueno, pues cenaré en casa de Mabel: me ha telefonado esta tarde.

Bridget y su marido ya estaban en la calle y hacían señas a Jimmy, para que no se entretuviera.

—Bueno, Mary, espero que te verá... cuando te vea. Y cerraré la verja para que no entren más lobos.

—Adiós, Jimmy.

UNA MUJER DISTINTA

MARY regresó a la salita donde estaba esperando Goodruf, y antes de que él hablara, ella preguntó:

—¿Publica usted mi libro para satisfacer a sus accionistas?

—Sí, procuro mejorar su gusto.

—Quiero hacerle una pregunta: ¿Cree usted que la heroína de mi novela es ordinaria?

—¿Quién ha insinuado esto?

—Algo que Jimmy ha dicho. He de admitir que sus juicios acerca de mis libros han sido justos en otros días. ¡Tengo tantos deseos de que esta novela pinte a una mujer noble, honrada...

—Pues lo es, Mary.

—Entonces, ¿por qué no pueda realizar las cosas tal como yo las presento? ¿Por qué no puede pre-

sentarse ante la esposa y decirle: ¡Como a tu marido!

—No es posible esto, Mary, no, no.

—Yo creo que es la única manera honrada de afrontar un problema.

—Mary, precisamente es en este punto donde flaquea su obra. En la vida real, si esas dos mujeres se encontraran cara a cara, vería usted qué fracaso ocurriría...

—Puedo escribirlo de nuevo en forma más sencilla. Finalmente ambas mujeres son inteligentes.

—¿Quiere que le diga algo, Mary? Me gustaría que no hubiese escrito semejante libro. Hoy he tenido un día muy fatigoso.

—Soy muy egoísta. Venga, nos sentaremos en la terraza y procura-

remos olvidar que existen libros y editoriales.

Ambos salieron a la terraza. Había anochecido y la vista era encantadora.

—¡Qué hermoso es esto! El crepúsculo, el jardín, el río... Sólo hace falta que brille la luna. Aunque tal vez la luna se veía demasiado...

—También la belleza se exhibe demasiado— observó Mary.

—No lo crea. Usted nunca se exhibe.

—Gracias, señor Goodrui, muchas gracias. Hay que pensar en cenar...

—No tengo apetito. Podría estar aquí, mirando el jardín y el aroma de las flores me alimentaría.

—Vea—dijo Mary—, ya se levanta la luna.

—Ahora ya no falta nada para que la belleza de esta noche encantadora sea perfecta.

La casa de Mabel donde había ido a cenar Jimmy era una de las casas más hermosas de Nueva York, y los amigos que reunía eran siempre personas selectas.

Jimmy Lee era uno de sus invitados favoritos, porque a su simpática persona le unía el ser redactor de un diario y esto facilitaba el que el nombre de Mabel a menudo apareciera en las crónicas de sociedad. Cuando Jimmy logró desprenderse

del matrimonio del Canto, tal como lo había anunciado a Mary, se dirigió al domicilio de Mabel, donde ya habían empezado a llegar algunos comensales.

—Es maravilloso, Mabel—decía Jimmy—, la gracia que tenéis ciertas damas de la buena sociedad para conseguir nuestra presencia en vuestras comidas.

—No te comprendo, Jimmy—contestó la señora de la casa.

—Me explicaré. A las cinco de la tarde me has invitado por teléfono informándome que dabas una cena en honor a la primita Lottie de Kentucky que estaba pasando unos días en Nueva York. Lottie es una preciosidad, me dices, estoy segura de que te encantará. Cuando al fin llega Lottie, resulta que la niña es un percherón de metro ochenta y con una dentadura que reclama un trabazón para que no se le escapen los dientes de la boca. Además, se le ven las señales de la vacuna en el brazo y te mira sin saber pronunciar una palabra.

—¡Qué exagerado eres, Jimmy! La cena es en honor de Lottie, pero es muy posible que no venga. Siempre que se da una fiesta hay que buscar el pretexto y hoy ha sido Lottie.

—¡Ves como me das la razón!

Se oyó el timbre de la calle, y Mabel salió al vestíbulo.

—¡Adelante, Lottie!—se oyó decir a Mabel.

—He salido con el balandro esta tarde—contestó una voz femenina muy agradable—. ¡Toda la tarde en el mar, era delicioso!

Jimmy escuchaba muy atento la conversación que llegaba hasta él. Los pasos de las dos mujeres se oyeron muy cerca, y Jimmy dio media vuelta para encontrarse de cara a ellas. Mabel hizo las presentaciones.

—Jimmy Lee... mi prima Lottie. El señor Lee asegura que debes estar vacunada.

recién llegada, pero ¿estáis locos?

—Ya lo creo—contestó riendo la

La joven a quien Mabel acababa de presentar como la prima Lottie era una mujer de cabello rubio y ojos grises con una sonrisa cautivadora y mirada inteligente. Además vestía con extraordinaria elegancia.

—No estamos locos—dijo Jimmy—, pero si a usted le gustan los locos, le aseguro que sé hacer locuras.

—¿Es el primer día que has salido en tu balandro esta temporada?—preguntó Mabel.

—Sí.

—¿Ibas sola?

—Siempre salgo sola. Por cierto

que entraba agua y me ha dado mucho que hacer.

—¿Qué altura tiene su remo?—preguntó Jimmy.

—¿Querrá usted decir el mástil?—dijo la joven.

—Sí, pero es que he querido poner a prueba su ciencia de marinera.

—¿Le gusta a usted navegar?

—¡Ya lo creo, no he hecho otra cosa en mi vida!

—Es muy agradable, el señor Lee—dijo la joven, dirigiéndose a Mabel.

—Puede usted llamarme Jimmy y yo la llamaré Lottie.

—Lottie, no: Clara.

—¿Conque no hay Lottie, Mabel? Pues en este caso, ¿Clara, qué? si no lo considera usted una impertinencia por mi parte.

—Goodruf.

El periodista no pudo disimular su sorpresa.

—¿Ha dicho Goodruf?

—Sí.

—¿Por casualidad es usted la esposa de Rogers Goodruf?

—Soy su esposa, pero no por casualidad. ¿Le conoce usted, Jimmy?

—Sí.

—¡Pobre Rogers! Tenía mucho interés en asistir a esta comida, pero a media tarde uno de sus escri-

tores le ha llamado, pidiendo auxilio.

—¿Qué clase de auxilio?

—No sé exactamente si es que la novela acababa mal o si el autor quería suicidarse. ¡Yo sabe usted cómo son los que escriben novelas!

—¡Cuéntemelo usted a mí!—exclamó Jimmy, riendo francamente.

—¡Marineros!—dijo Mabel desde el otro extremo del salón—. la mesa está esperando.

—Es agradable asistir a una fiesta y encontrar alguien... con quien se comparte la misma opinión—dijo Jimmy, mientras se dirigían al comedor.

—¿Se refiere a los balandros, al mar?

—Sí, sí, al mar, a los balandros, ¡clero!

Mientras Jimmy, sentado junto a la señora Goodruf, iba simpatizando con ella; en la terraza de Mary Howard estaba ésta frente a Rogers y todo daba a entender que acababan de cenar.

—¡Gracias, Mary!—dijo el editor.

—¿Gracias? ¿De qué?

—Por esta sencilla comida que ha puesto final a un día turbulento y he hallado aquí el silencio y la tranquilidad que ansiaba mi espíritu.

Rogers se levantó y apoyándose

en la barandilla empezó a recitar unos apasionados versos de un poeta argentino, que estaba de moda por aquellos días.

*No hablemos... De los jardines
llega la tibia fragancia
familiar de los jazmines,
como un recuerdo de infancia.
Todo es vago en este día;
parece que cuanto existe
medita una poesía
deliciosamente triste...*

Mary Howard estuvo escuchando en silencio y al hacer pausa el editor, ella continuó el poema.

*No hablemos... si es que deseas
confesarme tu pasión,
calla, y deja a las ideas
latir en el corazón.*

—Como poema no es gran cosa—dijo Goodruf—. ¿Lo sabía usted?

—Sí, hace tiempo lo aprendí de memoria; es mucho más largo... No deja de ser casual que los dos hayamos coincidido.

—Será un recuerdo que conservaré de esta noche. ¡Si pudiera guardar siempre en la memoria la sensación de ciertos momentos!

—Hay recuerdos que duran toda una vida.

La nota romántica se iba acon-

tuando, y Mary demostró tener bastante buen sentido cambiando de conversación.

—¿Le espera a usted mucho trabajo mañana?

—Temo que sí. Hoy he tenido que leer su libro en medio de constantes interrupciones. Me daba la impresión de que estábamos hablando.

—¿Sí? Solamente que los problemas de mi heroína son mucho más fáciles de resolver que los míos. Ella sabe perfectamente cómo es la esposa del protagonista. Lo sabe, porque yo he inventado a las dos damas.

Goodruf dejó de sonreír, como había estado haciendo al escuchar la charla de Mary.

—No veo qué tiene que ver esto con usted, Mary.

—Es que yo...

Sin dejarla terminar, Goodruf la interrumpió.

—Mary, no mezcle a sus heroínas con usted: son dos cosas muy distintas.

—Es muy tarde, Rogers; creo que sería mejor que se marchara.

—Tiene usted razón y le aconsejo que por ahora no piense más en aquel último capítulo. Cuando se sienta inspirada lo escribirá de nuevo en poco rato.

—¿Cuando me sienta inspirada?

—Hay trozos inspiradísimos en ese capítulo—dijo Goodruf, mirando unas cuartillas escritas a máquina que llevaba en la mano.

—¿Aquel trozo en que la joven se da cuenta de que está enamorada?

—Sí, ¿Cómo ha adivinado que me refería a aquellos párrafos?

Mary no contestó.

—Por cierto, Goodruf, el viernes marcharé a pasar el final de semana en la finca de Bridget; venga usted allí el sábado y estoy segura que le podré entregar el dichoso último capítulo. Cuando menos tendrá algo para que lo pueda criticar.

Goodruf había dicho que se iba, pero seguía hablando. Mary se sentó al piano y empezó a tocar una pieza clásica.

—Esta melodía es mi favorita

—dijo el editor—. ¿Lo sabía usted?

—No, telepatía, supongo.

—Mary... no toque el piano.

—¿Tan mal lo hago?

—No, al contrario, Mary...

Un ruido extraño procedente del jardín llegó hasta ellos. Parecía que alguien intentaba entrar por la terraza.

Era Jimmy. Desde el jardín había subido a un árbol que por su proximidad a la terraza era un estribo ideal para penetrar en el salón de Mary. El aspecto del periodista,

aunque vestía de etiqueta, era el de aquel trasnochador que ha bebido demasiado y su manera de hablar no era muy clara.

—¡Oh, ahora se me ha roto el calcetín!—exclamó Jimmy, desplomándose en un diván al tiempo que se examinaba los calcetines.

—¡Jimmy, tú has bebido!—exclamó Mary, furiosa.

—¿Tú crees que he bebido, Minnie? No lo creas, me encuentro muy bien, estoy muy bien.

La mesa que había en la terraza donde Mary y Rogers habían estado cenando aparecía tal como la habían dejado ellos.

—¡Oh, un banquete!—dijo Jimmy—. Yo también he estado en una fiesta.

—Jimmy, te suplico que marches a tu casa.

—Esto es lo que pienso hacer, pero al pasar me ha parecido que veía luces y he dicho: esto es que Mary piensa en mí... y he saltado la tapia, he subido al árbol y aquí estoy.

El periodista recorrió la estancia con la vista y apercibió al editor.

—¡Oh, no pensaba encontrarlo aquí! ¡Vaya, vaya! ¿Supongo que no molesto?

—El señor Goodruf y yo hemos estado trabajando.

La salita de Mary estaba muy poco iluminada.

—Pues con tan mala luz, Mary, corres el riesgo de perder la vista.

Jimmy se levantó y empezó a encender luces.

—¿Alguien quiere beber algo?

—preguntó Jimmy—. Yo, no. Goodruf, ¿tiene usted un cigarrillo?

—Sí—contestó el editor, sacando la pitillera.

—¡Qué cigarrera más bonita!

—exclamó Jimmy—. Es igual a una que Mary me regaló a mí. Bueno, me parece que es mejor que me marche. Podéis continuar discutiendo el libro o lo que sea. Es muy tarde.

Sacó el reloj del bolsillo y exclamó como asustado:

—Pero, es que realmente es muy tarde. ¡Caramba, caramba, menuda juerga he corrido yo esta noche! Por cierto, Goodruf, he conocido a su esposa esta noche. ¡Es encantadora!

El editor permaneció silencioso y con semblante contrariado.

—Estoy diciendo que he conocido a su esposa y que es encantadora. Es curioso cómo una tropiezo a veces con la gente. Me ha dicho que le gusta mucho navegar, que tripula su propio balandro. ¿Es verdad todo esto?

—Sí, sí, tiene mucha práctica.

—¡Oh, lo prefiero! Me ha invi-

tado a salir un día con ella en su embarcación. ¿Le sabrá mal a usted si acepto esa invitación?

—No, no, Mary, me marcho.

—Espere un momento, Goodruf. Jimmy, Rogers te llevará a casa en su coche.

—Muy amable, muy amable, Mary—murmuró Jimmy.

—Confío, Jimmy, en que no te das cuenta del espectáculo que has ofrecido. Estoy indignada, verdaderamente indignada.

Se levantó Jimmy de la butaca, andando como un verdadero borracho, y al pasar junto a una mesita casi derribó una estatua representando una pareja de enamorados.

—¡Oh, qué lástima! Por poco la rompo y me hubiera sabido mal cortar este idilio—dijo Jimmy, colocando bien el grupo escultórico—, Adiós, Mary!

Si Jimmy estaba, o no, bebido, no llegó Mary a saberlo nunca; el caso es que al bajar la escalera para salir al jardín se cayó.

—Este atajo tiene muchos baches—dijo Jimmy, intentando levantarse.

—Señor Goodruf, le suplico—dijo Mary—que ayude al señor Lee y le deje en su casa.

Rogers hizo lo que Mary le mandó, y al fin le vió bien sentado en el coche del editor que partió a toda velocidad.

UN PASEO EN BALANDRO

CLARA Goodruft había cumplido su promesa y convencida de que Jimmy era tan marinero como ella, le invitó la próxima vez que se hizo a la mar. Jimmy vistió un complicado atavío de marinero y se dirigió al club desde donde partieron. Ella observaba la cara tristonja que Jimmy ponía, segura señal de que ya estaba medio mareado.

Clara empezaba a sospechar que era la primera vez que se embarcaba.

—¿Qué clase de embarcación ha pilotado usted?—preguntó Clara.

—Un bergantín.

—Pues en este caso, un balandro como el mío debe parecerle un cascarón de nuez.

—No, no, cuando estoy en el agua todo me es igual a mí.

No era posible disimular más y se abalanzó fuera de la barca, porque temía echar el estómago. El oleaje era fuerte y resultaba difícil sostenerse en la posición que había adoptado. A los pocos instantes se hallaba tendido en el suelo.

—¿Qué le ocurre, Jimmy?

—Nada, me interesaba el panorama del otro lado.

—Le aconsejo que vuelva a sentarse donde estaba, antes no se calga al agua.

Clara tenía que gritar con todas sus fuerzas para que Jimmy la oyera, ya que el viento y el ruido del mar se llevaban sus palabras. El cielo se iba cubriendo de negros nu-

barrones y la tormenta no estaba muy lejana.

—Temo que va a llover—dijo Clara— ¿Quiero mirar si allí al fondo hay dos toldos?

—¿Qué dice?

—Si hay dos chubasqueros...

Jimmy se levantó para buscar lo que pedía Clara, y, poco práctico en andar por el balandro, el movimiento del cual era bastante violento, le hizo tambalear. Paró en seco y no quiso dar un paso más.

—Coja usted el timón, Jimmy, y yo buscaré los chubasqueros.

En cuanto se halló el joven gobernando el balandro, éste emprendió una marcha completamente desconcertada.

—¡Suelte el trapo!—ordenó Clara.

Todo era inútil. Jimmy no entendía una palabra de velas ni de barcos.

—¡Quiero decir que suelte la vela!

Ni aun así logró entenderla Jimmy.

—Bueno, no importa. Ya lo haré yo. Siga al timón.

—¿Cómo? ¿Otra vez?

No había otra alternativa, y Jimmy cogió de nuevo el timón con tan mal acierto, que el balandro dio una sacudida y el timonero cayó al agua.

—No se asuste—gritó Clara—;

yo le ayudaré a subir otra vez. No se suelte. Deme la mano... ¡Arriba!

Mareado, mojado y aburrido, Jimmy logró de nuevo hallarse a bordo.

—¿Qué? ¿Está bien?—preguntó Clara, más divertida que alarmada.

—Sí, sí, ya estoy bien.

—Ahora vamos a regresar en seguida, porque me parece que para un marinero como usted, este paseo ya ha sido bastante.

La dulce ironía de Clara disipó el malhumor de Jimmy y cuando llegaron al club ya se habían olvidado del temporal.

En la casita de campo de Bridget del Canto iban llegando los invitados. Mary Howard había sido una de las primeras y se hallaba disfrutando de las delicias de una piscina que no podía faltar en residencia tan moderna como era la casa de su amiga.

Rogers Goodruf acababa de llegar. La dueña de la casa salió a recibirle.

—¿Qué amable de aceptar mi invitación?—exclamó Bridget cumplimentosa—. Mary también está aquí. Está disfrutando en la piscina. ¡Mary, Mary! No dirías quién acaba de llegar.

Mary no se hizo esperar.

—¡Oh, Rogers! ¿Cómo está usted? Le reservo una sorpresa.

—¡Déjate de sorpresas, Mary! Ahora quiero enseñar la casa al señor Goodruf. Sigame. Mi idea era hacer una construcción de estilo colonial, pero Walter dijo: «No, Ahora todo el mundo construye colonial y yo quiero que la casa sea lo que era... un pintoresco molino. Claro está que con todo el confort moderno».

El editor seguía escuchando la charla insulsa de la dueña de la casa, pero observaba lo que hacía Mary. Esta se había lanzado de nuevo a la piscina.

—Mary, nada usted maravillosamente—exclamó Rogers.

—Bridget, Bridget...

Era Walter que llamaba a su esposa.

—¡Otra vez! Es Walter, que no se entiende con Pierre. ¡Allá voy!

Bridget se marchó para sacar de apuros a su marido, que no lograba entenderse con el cocinero francés, y Mary quedó sola con el editor.

—¿Qué sorpresa me reserva usted, Mary?

—¡He resuelto el último capítulo!

—¿De veras?

—Sí, está todo terminado.

—¿Quién la inspiró?

—¡Usted!

—Mary, me deja usted perplejo.

—Venga, sentémonos en este banco. El silencio de esta casa es algo maravilloso... He tenido tiempo de aforarlo todo aquí... incluso a usted.

—Gracias, Mary; sus palabras me compensan la ausencia de estos días...

—Bien... Estuve pensando en la conversación que tuvimos el último día que nos vimos. ¿Le he dicho ya lo mucho que le eché de menos?

Rogers sonrió casi imperceptiblemente.

—Ese famoso último capítulo era un fracaso porque lo escribí con la cabeza y no con el corazón. Mi heroína debe decir al protagonista: «¿Estás seguro de que el amor que sientes es verdadero amor? Porque si no es así no quiero luchar por algo que no merece la pena. Seré valiente y arrostraré las consecuencias». Entonces él le contesta: «Tú eres la única mujer en mi vida», le coge las manos y se las besa devotamente. Fin. ¿Es esto o no?

—Me parece que esta vez lo ha acertado usted, Mary.

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

Jimmy Lee y Clara Goodruf, con trajes secos y arreglados ya, se hallaban en el club náutico dispuestos a regresar a sus respectivas casas.

—Siento haberle hecho esperar tanto, Jimmy; pero tenía todo el pelo mojado y tarda un poco en secarse. ¿Cómo se siente después del remojo?

—Como un pescado pasado.

—¿Cuándo volveremos a salir?

La cara de Jimmy era de terror.

—¿El próximo sábado? ¿El otro? ¿Dentro de tres semanas?

—No, no, tengo que asistir a un entierro.

Clara no pudo contener la risa.

—Créame que hace tiempo que no había reído tan a gusto...

—No me importa; si usted se ha divertido, estoy satisfecho. Oiga, si me espera un momento en el coche, yo telefonearé a un amigo.

La señora de Goodruf salió del club, montó en el asiento delantero y esperó a que saliera Jimmy. Este, mientras tanto, penetró en la cabina telefónica y pidió una comunicación.

—¿Hablo con la Editorial Goodruf?—preguntó Jimmy.

—Sí, señor.

—¿Puedo hablar con el señor Goodruf?

—No se halla en la oficina.

—Pues se trata de algo muy importante. Le habla a usted Bix, Timothy Bix, el autor de los «Gatos monteses». Procure ponerse en contacto con él y dígame que salgo esta misma noche en avión hacia California, no mañana, sino hoy, y que estaré en el Waldorf hasta las cinco de la tarde... Si le interesa verme, ya sabe dónde puede encontrarme.

El telefonista del club había oído la conversación, y al salir Jimmy de la cabina se le acercó.

—Señor Bix, su último libro es encantador. Jamás se ha escrito nada tan bueno como «Gatos monteses».

Jimmy se limitó a sonreír y salió a reunirse con Clara, que esperaba pacientemente a Jimmy, sin sospechar los planes que aquél llevaba en la cabeza.

LA ESTRATAGEMA

EN la villa de Bridget continuaba reinando la tranquilidad y Mary platicaba con Rogers sentados en un banco del jardín.

—¿Sabe usted lo que me gustaría, Rogers?

—No puedo pensar.

—Me gustaría pasar el resto de mi vida en el campo...

Mary se había quitado los lentes y los había dejado encima de una mesita.

—¡Todo la vida en el campo! —repitió Rogers.

Cambió de tono y le preguntó cogiendo las gafas:

—¿Por qué usa lentes?

—Vista cansada... No. Voy a decirle la verdad.

—Sí, lo preferiré.

—La verdad es que soy un poco tímida y me escondo tras ellos.

—Pero no tiene por qué esconderse, a lo menos de mí.

—No, tiene usted razón.

—Mary, tiene usted manos de princesa, dedos largos, finos... Pura raza...

Permanecieron un rato en silencio y se oyó a Bridget que se acercaba cantando.

—¡Oh, aquí están ustedes! Le llaman a conferencia desde Nueva York, señor Goodruif.

—Debe ser de mi oficina. Les he dejado su teléfono, pero no creí que tuvieran necesidad de molestarme siendo sábado —dijo Rogers verdaderamente contrariado.

—Se levantó, y dejando a las da-

mas, penetró en la casa para contestar a la intempestiva llamada.

—Bridget—dijo Mary—, ¿era del despacho la llamada?

—No lo han dicho, pero parecía algo así, no creo que fuera su esposa. Yo también he contestado comercialmente, como si se tratara de un hotel.

Bridget se hizo gracia a sí misma y se puso a reír. Un ruido extraño la interrumpió.

—¿Ha sido un trueno?—preguntó Mary.

—Sí, no me extrañaría, todos los sábados llueve. Será mejor que entremos en casa.

Walter estaba en el vestíbulo y Goodruf hablaba por teléfono. Terminó pronto, y dirigiéndose a las damas, dijo:

—Lo siento mucho, pero debo regresar inmediatamente a Nueva York.

—¡No es posible!—exclamó Mary.

—Bridget, ¿podría ordenar que sacaran mi coche del garaje? Se trata de Timothy Bix, que parte hacia California esta misma noche... y no puedo olvidar a mis accionistas.

El celado francés de los del Cantó se presentó.

—Pierre, haga el favor de preparar el coche de monsieur Goodruf—ordenó Bridget.

Pierre, que no entendía una palabra se quedó mirándola.

—¡El coche, el coche!

—Pardon Madame, ¿le quoi?

—Pues, el coche, el auto de monsieur Goodruf.

—Ah, oui, l'auto de Monsieur.

—Confío en poder regresar mañana a primera hora—dijo Rogers—. Adiós a todos.

—Acompañaré a Rogers hasta la verja, Bridget—dijo Mary.

El editor, Mary y Pierre se dirigieron al jardín, quedando solos Walter y su mujer.

—Sospecho que Rogers regresará esta noche—dijo Walter.

—Pues yo confío en que no vuelva.

—¡Me sorprende con esta suposición, Bridget! ¿Por qué le invitaste?

—Por una de esas confusiones mentales que acostumbro a sufrir.

En la carretera donde está situada la casita de Bridget aparece un auto. Viajan en él un hombre y una mujer, jóvenes los dos. El coche para ante la verja.

—No me explico cómo he podido perder el camino...

—¿Dónde estamos?

—En realidad no lo sé, y pienso preguntarlo a los habitantes de esta casa.

Jimmy, pues éste era, saltó del

coche, dejando a Clara aguardando. Cruzó el jardín y se dirigió a la casa. Walter y Bridget salieron a recibirlo.

—¡Bridget! Pero, ¿qué hace usted aquí?

—Esto es lo que yo le pregunto a usted. Yo vivo aquí.

—Vamos no bromee. ¿Ustedes viven aquí?

—Lo que me sorprende es cómo ha llegado...—dijo Walter.

—Pues he tomado un atajo, y según parece me he perdido...

—Bien, pero ahora que ya se ha encontrado, tomará alguna cosa—dijo el dueño de la casa.

—¡Vamos al bar!—exclamó Bridget, contenta con el nuevo invitado.

—Gracias, Bridget, pero es que no voy solo...

—Pues dígame a su amigo que entre también.

—No se trata de un amigo, sino de una señora, una perfecta señora.

—¡Oh, qué desencanto!—dijo Bridget—. ¿Quién es?

—Una prima mía, o algo así.

—Pues me encantará conocer a esa prima... o algo así.

—Muy bien, voy a buscarla.

—Mary también está aquí.

—¡Oh, que agradable! ¿No hay nadie más?

—No, ¿por qué lo pregunta?

—Le diré, porque mi prima es un poco tímida.

Salió Jimmy de nuevo al jardín, y Bridget, azorada, dijo a su esposo:

—Corre, Walter busca a Mary y dile que acaba de llegar Jimmy con una mujer..., y no le digas a él que Rogers ha estado aquí.

—No temas, no diré nada a nadie.

Clara empezaba a extrañar la ruidanza de Jimmy cuando éste apareció de nuevo, alegre y sonriente.

—¡Mire qué casualidad! Esta casa es de unos amigos míos. Se han empeñado en que entremos a beber alguna cosa... Yo les he dicho que usted es prima mía.

—¿Por qué?

—Verá...

—Ya comprendo, se trata de su novia y no quiere que sepa que ha salido conmigo. Bueno no se preocupe, entre a decirles que su prima no tiene costumbre de tomar nada entre horas. Me esperaré aquí.

—No, no, la señora de la casa no me importa, pero tiene una invitada.

—No le entiendo.

—Sí, ya lo comprenderá. La invitada es mi novia, solamente que ahora he caído en desgracia. En lugar de ser la niña de sus ojos, soy la esterilla donde se limpia los zapatos. No me quiere, apenas si me

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN



—Jimmy, te presento a
mi editor, señor Goodruf.

El señor Goodruf es un hombre

de confianza.

—¿Les das vitaminas a
las plantas?



—Me hago cargo, Mary, una mujer de tus condiciones no puede perder el tiempo en fiestas como la mía.



—Yo creo que es la única manera honrada de afrontar un problema.

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN



—¿Por qué no vienes el
viernes en lugar del sábado?

—No es posible esto,
Mary, no, no.



—Se trata de un asunto
más bien comercial. ¿Com-
prendes?



—Puede usted llamarme
Jimmy y yo la llamaré Lot-
tie.

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN



—¡Qué exagerado eres,
Jimmy!

—Quería decir que me
encanta tener invitados.



—¿Por casualidad es usted la esposa de Rogers Goodruf?



—Me gustaría pasar el resto de mi vida en el campo...

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN



Jimmy Lee, Mary Howard, Clara y Rogers Goodruf.



—Bridget, ¿podría ordenar que sacaran mi coche del garaje?



—Para mí sólo existe y
existirá un solo hombre...



—Ya la llevaré a Nueva
York en mi coche

tolera, y ahora se me ocurre una idea. Jamás me ha visto con otra. Tal vez si me viera ahora con usted... si hiciéramos un poco de comedia, volvería a fijarse en mí. ¿Ha comprendido?

—Sí, perfectamente.

—No le diré cómo se llama usted.

—No creo que mi nombre representará nada para ella.

—Tal vez, sí. Es literata y conoce varios editores. Quizá la ha oído usted nombrar. Es Mary Howard.

—Sí.

—¿Cómo la llamaré a usted? Ya sé. La señora Clara. ¿Qué le parece?

—Me satisface a medias. Vamos

a conocer a esa dama... Espere, un momento. ¿Se ha perdido usted a propósito para despertar los celos de su novia?

—Le aseguro a usted que no.

—No le creo, pero es una aventura bastante divertida. Oiga, ¿por qué me ha elegido a mí? ¿Por qué no busca un tipito de chica moderna, bonita...?

—No, ya sabe ella que ése no es mi tipo. Ella sentirá celos de una señora como usted, y no los sentiría de una pilinchinita.

—¡Es divertidísimo! ¡Tanto o más que el balandro!

—¡Especialmente para mí!

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

WALTER regresó del jardín y se dirigió a su esposa.
—No he podido encontrar a Mary en parte alguna—dijo.

Al mismo instante penetraban en la sala de estar Jimmy y Clara Goodruf.

—Bridget, le presento mi prima, señora... Clara, Clara, la señora del Canto, una buena amiga.

—Encantada, encantada—repetía Bridget, un poco nerviosa, temiendo que llegara Mary de un momento a otro.

—¿Qué casa más encantadora!—exclamó Clara mirando a su alrededor.

—¿Le gusta?—preguntó Bridget.

—¡Es magnífico! ¡En mi vida ha-

bia visto una casa tan sencilla, de tan buen gusto y tan acogedora!

—Sí, a mí me gusta mucho. Era un viejo molino que mi marido ha convertido en esta vivienda. ¿No ha intentado usted alguna vez convertir nada en algo?

—Sí—interumpió Jimmy—, ahora está probando de sacar algún provecho de mí.

—Crea que la encuentro maravillosa. ¿Puedo ver las demás habitaciones?

—No faltaria más. Voy a enseñar una habitación que Walter ha estado decorando.

Un relámpago seguido de un estruendoso trueno asustó a las señoras, especialmente a Bridget, que empezó a gritar:

—¡Una tempestad! ¡Walter, enciende las luces!

Sin duda, Walter era el marido ideal, pues su mujer nunca tenía que repetir una indicación dos veces, y él siempre estaba a mano para obedecer todas sus órdenes y mandatos.

Los cuatro subieron cinco peldaños y penetraron en una habitación de reducidas dimensiones que el buen gusto de Walter había convertido en un bar.

—Walter, preparámonos unos cocktails—ordenó la esposa—, una de tus especialidades.

—¿A qué estaba destinada esta habitación, antes de ser un bar?—preguntó Clara, interesándose por todo aquello.

—Era el granero auxiliar, pero de todo el centeno que contuvo ahora no queda más que whisky—explicó Bridget, y rió estrepitosamente su propia gracia.

—Es un refugio estupendo; un granero, una rueda de molino... ¿Y aquello qué era?—preguntó Jimmy, señalando una parte de la habitación, cuyo suelo estaba a más bajo nivel.

—Tengo entendido que allí ordenaban las vacas.

—Les sabría mal a las vacas tener que abandonar una salita tan preciosa, o tal vez no la han aban-

donado... parece que se huele algo así...—dijo Jimmy, olfateando.

—Walter, ¿has oído lo que acaba de decir el señor Lee? Es posible que hubieses dejado el olor a vacas...

Jimmy recogió algo del suelo.

—Vean ustedes, la última paja, todavía queda rastro de los antiguos huéspedes de estas habitaciones.

—Jimmy, es usted graciosísimo!—exclamó Bridget—. ¿Verdad Walter, qué es muy gracioso?

Una de las buenas condiciones de Walter era que nunca hacía el menor caso de las tonterías que decía su mujer.

El criado francés, Pierre, entró en el bar y se puso a hablar con la señora con toda rapidez. Bridget no entendía una palabra.

—Pierre, cuantas veces le he dicho a usted que debe «parler» despacio. No es necesario que venga a decirme que está lloviendo, ya lo vemos. Bueno, ¿qué quiere? ¿Por qué está aquí parado? «Fermez», «fermez» los balcones.

—«Madame, les balcons sont déjà fermez»—contestó el criado.

Bridget no entendía nada, y Clara se divertía de lo lindo, porque ella comprendía al criado.

—Le ha dicho, señora del Canto, que los balcones ya están cerrados.

—¿Pues, por qué no me lo decía? Pierre estaba furioso, aunque con

respeto, y en vista de que no había manera de hablar con su ama, se retiró de nuevo a su departamento.

—Este Pierre es una calamidad— dijo Bridget—, no hay manera de que me entienda.

Mary entró en el bar, y no pudo disimular su sorpresa al ver a Jimmy.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás Mary? Me he perdido, he entrado en esta linda casita para saber*donde estaba... y aquí estoy. Te presento a la señora Clara... La señorita Mary Howard, la literata de que te he hablado antes.

—¿Cómo está usted, señorita?— dijo Clara.

Las dos damas se dieron la mano y cambiaron una sonrisa.

—¿Con que te perdiste, Jimmy?— dijo Mary.

—Sí, acompañaba a mi prima a su casa, he tomado un atajo...

—Así fué— agregó Clara—, tomó un atajo, que a mí ya me pareció que nos alejaba de la ruta y...

—Nada, que me perdí— acabó Jimmy, como aquél que explica un cuento—. No me explico cómo ha sido, ni lo comprendo.

—Todo esto son tonterías— dijo Mary—, cuando uno no quiere no se pierde en ningún camino, y tú menos que nadie.

Clara Goodruf, ignorando en abso-

luto la amistad existente entre su marido y Mary, y creyendo hacer un favor a Jimmy, que le era muy simpático, una vez la literata estuvo en escena, Clara se decidió a representar el papel que le había sido asignado; es decir, despertar los celos de la escritora.

—Es verdad—dijo Clara—, Jimmy no comete muchas equivocaciones, todo lo que le he visto hacer lo hace a la perfección. ¿Tienes mi pañuelo, Jimm-Dimmy? Me parece que lo he puesto en el bolsillo de tu chaqueta.

Mary empezaba a estar un poco desconcertada, Jimmy buscaba el pañuelo inútilmente.

—Estoy segura que te lo he dado, sí, cuando estabas sentado debajo del árbol...

La señora del Canto miró a Mary, y ésta contestó a su mirada con otra de asombro. Clara continuó su papel.

—Hemos bajado del coche para admirar la vista. Era algo delicioso. No pasaba persona alguna, y nosotros dos, solos en la altura, dueños del espacio y la ciudad a nuestros pies. ¡Un ensueño!

—Sí, muy encantador—dijo Jimmy—, hasta que llegó una vaca y dió un resoplido que nos hizo levantar precipitadamente.

Clara y Jimmy rieron de buena gana.

—Bueno, pero, ¿tienes o no mi pañuelo, Jimmy-Dimmy?

—No pequeña, pero puedes utilizar el mío, toma—dijo Jimmy, entregándole el que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

Walter se dio cuenta de que Mary estaba muy violenta, y para evitar un choque invitó a Clara a visitar el comedor. Los dos salieron del bar dejando a su esposa con los otros invitados.

Walter enseñó a Clara todos los detalles interesantes del comedor, los cuadros, los muebles, incluso la vajilla, y poco rato después aparecieron Bridget, Mary y Jimmy. Estos estaban en un extremo, el más alejado de Walter y Clara, por lo que éstos no les oían hablar.

—Jimmy dice que la señora Clara es su prima—dijo Bridget a Mary.

—Nunca me habías dicho que tenías una prima—dijo Mary.

—Es que hay primas y primas, ésta es de las que uno no habla.

Clara y Walter se reunieron a los demás.

—¿Saben que estaba pensando?—dijo Clara—, que esta casita debe ser un sitio maravilloso para escribir.

—Sí—contestó Mary.

—¡Oh! ¿Está usted trabajando aquí, señorita Howard?

—Sí, en una nueva obra.

—He leído varias de sus novelas. Me gustan mucho—dijo Clara con gran cordialidad—. Tiene usted una buena condición para escritora, sabe elevar al lector por encima de la prosaica rutina de la vida...

—¡Oh, muchas gracias!—contestó Mary realmente agradecida y olvidando por un momento las tonterías de Jimmy.

—¿Saldrá pronto su nueva obra?

—Creo que sí. El último esbozo lo he salvado hoy.

—¡Ah! ¿Sí?—interrogó Bridget—. No me lo habías dicho. Te he visto con un lápiz, pero no sabía que hubiese ocurrido nada. Esto de escribir, de inspirarse, es algo extraordinario. ¿Se inspira usted alguna vez, señora Clara?

—No, no.

—Pues yo creo que si me dejaran, me inspiraría—dijo Bridget, con su peculiar aire de tontita.

—¡Yo también soy capaz de inspirarme y escribir!—dijo Jimmy.

—Esto no tiene gracia—dijo Bridget—, usted es periodista.

—Vamos a visitar el resto de la casa—dijo Walter—, que sólo intervenía cuando la conversación se hacía demasiado personal.

—Sí, me gustará mucho—dijo

Clara, siguiendo a su improvisado infiltrador.

—Bridget, ¿puedo pedir a su criado que entre mi coche al garaje?— preguntó Jimmy.

—Sí, sí, usted mismo, Jimmy, arréglese con él.

Habían quedado solas Mary y su amiga.

—Creo que debo invitarles a comer—dijo Bridget.

—No es necesario que lo hagas—contestó Mary—, Jimmy ya ha resuelto esta cuestión invitándose.

—Voy a dar órdenes a la cocina.

Regresó Jimmy de guardar el auto, y Mary se dirigió a él un poco nerviosa.

—Tu prima es encantadora.

—¿Con ironía?

—De veras, la encuentro muy simpática. ¿Es viuda?

—Casi...

—¡Oh! ¿Cómo se llama?

—¡Señora Clara!

—Su nombre de pila quiero saber.

—¡Ah, Lottie! Diminutivo de Carlota. Lottie Clara.

—Parece que te quiere mucho... ¿Sientes tú por ella el interés que ella demuestra por ti?

—¿Por qué no? Me parece recordar que me dijiste que me buscase novia...

—Pues has ido muy a prisa. Te advierto que sería una gran cosa para

ti si lograras casarte con semejante mujer.

—No hace mucho te dije que cuando una mujer habla como tú hablas, es que está enamorada de otro. ¿Lo estás Minnie?

—Si estás seguro de ello, ¿por qué me lo preguntas?

—¿Qué hacía Goodruf en tu casa el otro día?

—Ya te dije que estábamos trabajando en mi libro.

—Sé franca. ¿Quieres a Goodruf?

—¿Qué significa esto interrogatorio?

—¡Estás loca de atar!

Jimmy pronunció estas palabras con verdadero desprecio; Mary tampoco quería exasperarle porque temía sus ironías.

—Jimmy, debes hacerte cargo que yo no soy la persona indicada para ti. Somos buenos amigos, nos hemos divertido mucho, pero ahora ocurre que con Goodruf podemos cambiar opiniones, coincidimos en muchos temas. Intelectualmente... te intereso.

—¡Qué ridiculices! Si él te admira es porque eres mujer, y poco te preocupa tu materia gris.

La tempestad continuaba con tanta o más furia que media hora antes, y Bridget, desolada, se acercó a Jimmy.

—¡Es imposible que se marchen, lloviendo como llueve ahora!

Clara y Walter regresaron de su excursión por el piso alto.

—Señora del Canto, he visto todas las habitaciones de la casa. Tiene usted la morada más encantadora que he visitado en mi vida. Jimmy, ha llegado la hora de marcharnos.

—Pero..., está lloviendo a cántaros.

Un relámpago y un trueno confirmaron las palabras de Jimmy.

—¿Le gustan los truenos?—preguntó Bridget—. La veo a usted muy tranquila. Walter, Walter, el pomo de sales. Me asusta la tempestad.

—¡En seguida, Bridget!—dijo el marido, saliendo disparado en busca de lo que se le pedía.

Un seguido de truenos y relámpagos consiguieron atemorizar a Bridget, que cayó medio desvanecida en el sofá.

—¿Puedo hacer algo para ayudarla?—dijo Clara acercándose a la infeliz Bridget—. ¿Dónde tiene el pomo de las sales?

La desmayada pudo indicar con la mano a cierto cajón, y Clara consiguió las sales para reanimarla.

Jimmy y Mary se habían separado, sentándose en un sofá al otro extremo del comedor.

—Supongo que esta tormenta será una buena excusa para quedarnos a comer y molestarnos todo el rato.

—¡Naturalmente! ¡Señora Clara! Minnie dice que debemos quedarnos a comer.

Clara, distraída con Bridget, no contestó.

—¡Señora Clara!—dijo Mary—, no comprendo por qué la tratas con tanto respeto.

—Tienes razón, Lottie, me parece que tendremos que quedarnos—dijo Jimmy, dirigiéndose de nuevo a Clara.

Ella, no sospechando que le hablara, tampoco dijo nada.

—¡Lottie, te estoy hablando...!

—¡Oh, perdona Jimmy-Dimmy!

—Nos quedaremos a comer, tanto si les gusta como no—dijo Jimmy.

—¡Nos encanta!—dijo Bridget, ya repuesta del susto.

—Temo que vamos a molestarlos—objetó Clara.

—Las molestias son mi especialidad—repuso Bridget.

Todos miraron a Bridget, y dándose cuenta de que acababa de pronunciar una de sus habituales tonterías, quiso arreglarlo.

—Quería decir, que me gusta mucho tener invitados.

Pierre hizo una nueva aparición.

—«L'arbre vien de tomber, madame.»

—Pierre, je ne suis pas... en condiciones de solventar tus problemas...

Clara se dirigió al criado, y éste le contó que acababa de caer un árbol a través de la carretera y quedaba interceptado el paso. Bridget no entendía una palabra.

—¿Pero, qué es lo que ocurre?— preguntó.

—Pues, que un rayo ha partido un árbol, se ha caído y no se puede pasar por el camino—explicó Clara.

—Si no se trata más que de esto, haga el favor de decirle a Pierre que aparte el árbol.

Nuevamente sirvió Clara de intérprete.

—Entonces no podremos sacar el coche—dijo Jimmy, entusiasmado ante la idea de tener que pasar la noche en la villa.

—Móvez-le, móvez-le — decía Bridget a su criado.

—«Madame, je ne suis pas le jardinier»—, repuso Pierre, y partió indignado de la presencia de su señora.

—Bridget, me parece que tendrá huéspedes a dormir también—dijo Jimmy.

—¡Ah, es verdad! He olvidado de decir a Pierre que habrá dos cubiertos más. Walter, ves tú a dar las órdenes, y diga lo que diga Pierre, tú en tu sitio, no cedas ni un ápico.

Mary, mientras tanto nosotros podríamos jugar al «bridge». Así olvidaremos la tormenta. Jimmy, haga el favor de traer aquella mesita.

Mientras Jimmy fué a buscar la mesa, Bridget se acercó a Mary.

—¿Qué haremos si han de pasar la noche aquí? A Jimmy puedo darle la habitación junto al granero; ¿pero adónde coloco a ella? Podría darle la habitación junto a la tuya.

—Por mí no hay inconveniente—dijo Mary satisfecha.

Unos iban por un lado dando órdenes, otros buscaban pretextos para hablar, y Clara, que se consideraba un personaje completamente ajeno a todo, se sentó al piano y empezó a tocar.

—Toca usted muy bien—dijo Mary, acercándose.

—No tengo muchas oportunidades para tocar—repuso Clara—. Hace muchos días que no he tocado nada.

—¿De veras?

—Sí, he llegado a la conclusión de que a los maridos no les interesa que sus mujeres sean demasiado instruidas.

—¿Usted cree?

—Sí, sí. Mire esta canción—dijo, señalando a una de las piezas que había encima el piano, es una melodía muy antigua, pero la encuentro encantadora.

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

—Sí, es muy bonita, a mí también me gusta.

Clara tocó la melodía, y las dos la cantaron a la vez. Un rayo iluminó la habitación y de repente se apagaron todas las luces. Bridget dió un grito de terror.

—¡Pobré Bridget!—dijo Mary.

Jimmy encendió una de las velas que había en un lujoso candelabro y lo colocó encima del piano.

—Parece que habéis simpatiza-

do—dijo Jimmy a las dos jóvenes—. Me alegro, tenía mucho interés en que os conocierais. Estoy seguro que coincidiréis en muchos puntos.

Por fin se sirvió la comida, que transcurrió animadamente. Jimmy, aprovechando todas las oportunidades que se le presentaban para zaherir a Mary, y ésta aguantando pacientemente las gracias de su despedido novio. Clara estaba muy divertida con todos y consideraba aquello como una gran aventura.

UNA NOCHE ACCIDENTADA

LA corriente eléctrica no había vuelto cuando llegó la hora de retirarse y Bridget procuró que todos sus invitados pudieran disponer de una vela. En aquel preciso instante se encendieron las luces.

—Después de estar toda la tarde a oscuras, viene la corriente cuando ya nos vamos a dormir.

—Más vale tarde que nunca—dijo Jimmy—, así podremos ver lo que soñamos.

—¡Qué gracioso es Jimmy!—exclamó Bridget—. Lottie, aquí está su habitación, junto a Mary. ¡Espero que le gustará!

—Me encanta—dijo Clara—. Se lo agradezco mucho.

Penetró la señora Goodruff en la habitación que le habían destinado,

y Bridget acompañó a Mary a la suya.

—Me sabría mal que Rogers Goodruff regresara ahora, con Jimmy y su prima aquí...

—No es fácil que vuelva hasta mañana—dijo Mary.

Clara apareció en la puerta.

—¡Buenas noches!

—¿Supongo que tiene todo lo que le hace falta? ¡Oh, que tonta soy! No le he dejado camisón ni cepillo para los dientes—dijo Bridget—. Voy a buscarlo.

—No se moleste, me arreglaré de cualquier manera—protestó Clara.

—Pero, si no es ninguna molestia, Me entusiasma que alguien estrene mis cosas—y corrió en busca de lo que necesitaba su invitada.

Por fin se retiró Bridget, y las dos

nuevas amigas quedaron hablando.

—Como que he conseguido poder telefonar a casa diciendo que no me esperaran, ya estoy tranquila—dijo Clara—, y francamente, me he divertido mucho aquí con ustedes. Para mí es una aventura completa.

—Yo detesto la monotonía—dijo Mary—, ¿usted?

—También. De todas maneras, nunca me ocurren cosas extraordinarias.

—¿No? Deberían ocurrirle, rebosa vitalidad.

—Mi vitalidad ha estado un poco apagada de un tiempo a esta parte. Usted y Jimmy me han animado algo.

—Sí, Jimmy vale para animar—contestó Mary, un poco contrariada a que se introdujera el nombre de aquél en la conversación.

—¿Cree usted que Jimmy...

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que ni por un momento ha pensado en que yo pueda interesar a Jimmy bajo un aspecto amoroso.

—¿Por qué no? Sería una gran cosa para él.

—Lo sería para mí y para cualquier otra mujer. Estoy segura de que Jimmy sería un gran marido.

—¡No comparto su opinión!

—Es uno de esos hombres que gustan a las mujeres, y no se da

cuenta de ello. Además, sus ideas son de : una mujer para toda la vida. Una vez casado no iría trasposando de una a otra.

—¡No sé!—dijo Mary, con cara seria.

—Es el tipo de hombre para hacer feliz a una mujer.

—¿Cree usted que existen hombres que se imaginan que todas las mujeres les admiran?

—Los hay..., como también hay las mujeres que les admiran. Pero Jimmy no es así, por esto es tan simpático.

—Hay veces que a mí me pone furiosa. Hoy mismo, su presencia aquí me desespera.

Alguien llamó a la puerta. Era Bridget que trala unos frascos de crema de noche y masaje facial.

—Os traigo estas cosas para que os arregléis. Son excelentes. Mirad mi cutis, ¿qué os parece?

—¡Encantador!—dijo Mary.

—Aquí le traigo un batín Lottie temí que le hiciera falta.

—Es precioso—observó Clara poniéndoselo delante—. Tiene usted ropa muy bonita, el camisón también es hermoso.

—Sí, Bridget es elegante hasta durmiendo—dijo Mary.

—¡Claro! Supongamos que tuviera lugar un terremoto. Ahora, buenas noches de veras, hasta mañana.

—Estoy muy reconocida por su amabilidad—dijo Clara—, he pasado un día delicioso, gracias a su bondad.

—Muchas de mis amigas me tratan como si fuera tonta—dijo Bridget—, pero Mary y usted me comprenden. ¡Buenas noches!

Entre las cosas que había traído Bridget figuraban unas zapatillas, y al despedirse se las llevaba consigo.

—¡Oh, qué tonta soy! Me llevaba las zapatillas. Son más y muy cómodas. ¡Buenas noches!

Salió la dueña de la casa y de nuevo quedaron solas Mary y Clara.

—¡A mí me encanta Bridget! Es la tonta más inteligente que he conocido—dijo Mary.

✓ Apenas había Mary pronunciado esas palabras que Bridget penetró de nuevo en el cuarto seguida de Jimmy y Walter.

—Jimmy, ¿qué haces en este piso?—preguntó Mary.

—Estoy sacando el plano de la casa por si acaso se incendiara. Una vez estuve invitado en una casa y durante la noche hubo un incendio... no tienen ustedes idea del trabajo que tuvimos para salvar la gente. Desde entonces, cuando duermo en alguna casa forastera siempre la recorro para evitar víctimas. Yo soy así.

—Pues si ya conoces la topogra-

fía de esta villa, supongo que puedes retirarte—dijo Mary en un tono que no daba lugar a duda.

—Buenas noches a todos—dijo Jimmy.

Mary y Clara siguieron hablando un rato y al fin se despidieron.

En Nueva York, Rogers Goodruf, acompañado de su secretario, regresaba del hotel Waldorf.

—No sabe cuánto siento haberle molestado, señor Goodruf, haberle hecho regresar del campo total por nada.

—No puedo imaginar qué es lo que le debe haber ocurrido a Timothy Bix. Bueno, en caso de que usted diera con él, avíseme al mismo número. Regreso al campo.

—Muy bien, señor Goodruf.

No habiendo encontrado al escritor Bix en el Waldorf, Rogers decidió regresar a casa de Bridget, y aunque tarde, se dispuso a salvar los kilómetros que separaban la ciudad de la finca de Bridget en poco rato.

Una llamadita a la puerta de la habitación de Mary hizo que ésta se sobresaltara.

—Soy yo—dijo Clara—. Me ha puesto el batín que me ha dejado Bridget y es tan elegantísimo que alguien debe verlo. Estoy deseando que se inicie el fuego de que hablaba Jimmy. Bueno, ahora que ya me ha visto usted, me voy a dormir.

—No se vaya, Lottie, si no tiene sueño, yo no tengo. Siéntese en esta butaca, coloque los pies sobre el taburete y estará más cómoda.

—Tiene usted razón. Piense que he salido de casa esta mañana a las ocho y estoy un poco cansada. Veo que estaba usted escribiendo... ¿terminando el nuevo libro?

—Sí... Le diré. Dos hombres distintos me han dado dos opiniones distintas sobre el mismo libro. Uno de ellos tuvo el descaro de decirme que en mujeres no hay términos medios. O se es buena o se es mala, con lo que declaró que mi heroína era mala.

—Yo creo que cuando un hombre está de veras enamorado de una mujer, no se preocupa de los rivales que pueda haber tenido, y acaba casándose con ella.

—Sí... pero el caso en mi obra es algo distinto. El hombre no puede casarse con la heroína.

—¿Por qué no?

—Porque se trata de un hombre casado.

—¡Oh!

—Usted verá, tienen intereses en común, intelectuales, culturales... Viven en un mundo aparte. Es por esto que ella considera que su amor está justificado. ¿Comprende su punto de vista?

—Sí... si es que le ama hasta tai

extremo. Lo que no comprendo es cómo ella puede creer que ese hombre la quiere.

—¡Oh, una mujer comprende en seguida cuando un hombre está enamorado.

—Oiga, Mary, como mujer casada que soy, puedo decirle que si su heroína ha andado un poco por el mundo, no puede dar crédito a las palabras amorosas de un hombre casado.

—Entonces usted opina que un hombre casado, honradamente, no puede enamorarse.

—Ni más ni menos.

—Pero si ella...

—Escuche, Mary, si ese hombre se enamoró de la joven, ella lo quiere y la esposa ama a su marido, le aseguro a usted que la situación de los tres es bastante complicada. ¿Cómo lo soluciona usted en la novela?

—Le diré...

—¿Y la esposa, qué dice?

—No sabe nada.

—¿La esposa no sabe que su marido se ha enamorado de otra?

—Ni tan sólo lo sospecha.

—Pues una de dos, o la esposa es muy estúpida, o el marido muy inteligente. Debe ser interesantísimo su libro, cuénteme algo más.

—Pues Eileen, la protagonista, toma una determinación. Decide re-

unirse con el hombre que ama y arrostrar las consecuencias.

—¿Cómo es posible que la protagonista, esa Eileen, pueda pensar que ese hombre vale semejante sacrificio por su parte? Su situación ante el mundo y especialmente el respeto a sí mismo. El reproche de los demás y el de su conciencia.

—Sí, pero supongamos que no tuviera valentía para admitir ese amor... siempre se echaría en cara haberse defraudado a sí misma y a él.

—Me parece que se necesitaría encontrar un ser muy superior que supiera apreciar el sacrificio de la chica. Después de algún tiempo es posible que él deseara que ella no hubiese estado dispuesta a sacrificarse tanto.

—Lottie, habla usted como Jimmy.

—Tal vez yo no estoy en situación de juzgar su novela.

—Sí, sí.

—Mary, yo estoy casada con un hombre extremadamente simpático entre las mujeres y lo más gracioso del caso es que cada una de ellas se imagina que es el único amor de su vida... y que se separará de mí para casarse con ellas. Pero ocurre que nunca se separa de mí.

—Me lo explico, tratándose de

usted. Los hombres no abandonan a las mujeres de su clase.

—No lo crea, todas somos iguales. Lo que ocurre es que nos cansamos de todo aquello a que nos acostumbramos. Es inevitable, también yo me canso de él a veces.

—¿Es posible?

—Pero es mi marido, mi vida gira a su alrededor, es toda mi vida.

—¡Admirable!

—Jimmy me ha dado a entender que usted es perfectamente libre.

—Tal vez él intentaba ponerla celosa.

—No. Para mí sólo existe y existirá un solo hombre, a pesar de que me lo disputan.

—Piensa usted muy bien. Es usted muy inteligente.

—No lo crea. La primera vez que descubrí una aventura de mi marido, creía que iba a morirle. Cuando me enteré de otra, sirvió para consolarme de la primera. Entonces comprendí que ni una ni otra le habían interesado demasiado. Ahora me doy perfecta cuenta cuando se inicia una de esasaventurillas. Se vuelve de espaldas a la tranquilidad de nuestro hogar.

Una zapatilla cayó del pie de Clara y Mary se agachó para cogerla.

—Gracias—dijo Clara.

Mary observó las manos de su amiga.

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

—Qué manos tan bonitas tiene. dedos largos, finos, pura raza.

—Gracias, Mary, hace mucho tiempo que no había oído palabras parecidas a éstas refiriéndose a mis manos.

—Siga contándome cosas de su marido. Ha dicho que él era toda su vida.

—Sí, y en realidad todavía es el hombre que más me gusta de todos los que conozco. Veo en él lo que ven las demás y me cautiva como las cautiva a ellas.

—Pero usted es su esposa y sabe que nada puede separarles, que nunca amará a otra como la ama a usted.

—Hubo una época en que lo creía así... pero desde hace algún tiempo, no estoy tan confiada. Hay alguien ahora de quien parece... Podría ser que le interesara de veras. Todo puede ocurrir.

—No, no puede encontrar a nadie mejor que usted.

—Hace días que apenas lo veo, ni sé por dónde anda. A veces despierto por la noche, no puedo conciliar el sueño y me reprocho por preocuparme... pero en cuanto oigo su llavín en la puerta, ya soy feliz, ya me siento segura. Entonces me duermo, casi tranquila, confiando que su distracción será pasajera como las anteriores.

—¿Y si realmente él amara a otra? Estas cosas pueden suceder...

—Yo odiaría a la otra con todas mis fuerzas y le diría las amargas verdades que toda esposa sabe. Le diría: ahora usted es la novedad, algo interesante, también un día lo fui yo y ya se ha cansado de mí. No me extraña que la quiera; ¿pero está usted preparada para resistir sus veleidades? En visita es encantador, irresistible, pero no es lo mismo vivir con él. Tendrá usted que sacrificarlo todo y aun así no le verá feliz...

—Pero el amor todo lo hace posible —terció Mary, impresionada por la pasión con que se expresaba Clara.

—No lo crea, hay situaciones muy difíciles, por más que uno quiera a otro. Si la esposa y la amante se encontraran y discutieran como estamos hablando usted y yo, la última se daría cuenta de que no todo es tan fácil como se imagina.

—Ahora usted ha hablado como Rogers.

—¿Cómo quién?

—Rogers Goodruf, mi editor. Hoy a primera hora de la mañana ha estado aquí trabajando conmigo.

Clara se cubrió la cara con las manos y sollozó quietamente.

—¿Qué ocurre? ¿Se encuentra mal?

—No, no.

—¿Está usted segura?

—Sí, sí. Estoy bien—dijo Clara, reaccionando—. Continúe, ¿qué me decía de su editor?

—¡Oh, nada, nada! Que ha estado aquí ayudándome a trabajar.

—¿Le gusta su libro?

—Sí, cree que es lo mejor que he escrito en mi vida. El tipo de la heroína le entusiasma.

—¿Sí? ¿Y qué opina del hombre? ¿Cree que continuará con el nuevo amor? ¿Con esa joven que lo abandona todo, el respeto a sí misma, todo lo que vale la pena en esta vida, para seguirle a él?

—Sí, dice que esto le haría amarla más y más.

—Supongo que usted ha pintado a esa muchacha tan perfecta porque cree que tiene razón. Seguramente usted haría lo mismo.

—Sí, opino que un amor como el de ellos dos debe pasar por encima de todo. Ella no le ha perseguido, ni lo ha robado de nadie. Fué algo que surgió entre los dos, nada más.

Cansada Clara de fingir, exclamó:

—Voy a hablar claro. No crea que usted sea capaz de retenerle toda la vida. Por bonita e inteligente que sea. Tiene que haber algo en él, lealtad, honradez, que le obligue a ser fiel. Sólo estas cualidades pueden hacer que un hombre y una mujer

sean felices toda la vida. Sin esa lealtad, confianza absoluta, no se puede vivir.

Mary estaba desconcertada. Presentía algo grave, insospechado. Un temor se iba apoderando de su ánimo. Las dos mujeres callaron.

El silencio en toda la casa era absoluto y permitió oír la llegada de un coche que paró ante la verja.

—¿Quién puede ser a estas horas?—dijo Clara.

—No es tan tarde como parece. Nos hemos retirado muy pronto—repuso Mary.

Sonó el timbre. Pasos, la voz de Bridget, la de Pierre y una voz de hombre que daba explicaciones. Al poco rato se oyó alguien en el corredor.

La nerviosidad se había apoderado de Mary. Se levantó del sofá donde había estado para discutir con Clara y abrió la puerta.

—¡Hola!—dijo Rogers Goodruf. Un viaje inútil. Bix no ha aparecido en parte alguna y aquí estoy otra vez.

El editor hablaba cordialmente. No podía ver la figura de quien continuaba sentada en el sofá.

—La tormenta ha derribado un árbol y...

Clara se había levantado y se acercaba a la puerta. Su marido no la vio hasta aquel instante. Dejó de

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

hablar, pero reaccionando, aunque contrariado, preguntó:

—¿Qué haces en esta casa?

—Mary Howard no sabe quién soy—dijo Clara.

Con mucha calma, tal vez para dominar sus nervios, agregó:

—Soy la esposa de Rogers Goodruff.

La escritora creyó que iba a desmayarse.

—Jimmy Leo me trajo a esta casa en plan de broma; pero veo que ha resultado una triste broma. Es algo raro, pero hace poquitos instantes que Mary acaba de decirme que tú eras su editor.

—Sí, la ayudo a trabajar en su libro.

—Hemos estado hablando del libro, discutiéndolo... la forma en que la esposa hablaría a la protagonista. Yo creo que es el hombre quién debería hablar. ¿No te parece, Rogers, que es él quién debe decidir a cuál de las dos quiere?

—Cuando llegue el momento lo haré... pero no para seguir el curso de esa farsa.

—Estás en un error. Ahora es el momento. Bueno, yo me retiro a mi habitación, que no pienso compartir contigo, Rogers—dijo Clara muy seria.

Quedaron solos Mary y Goodruff. Éste iba a hablar.

—No, por favor, se lo suplico, no diga nada ahora. Buenas noches.

La escritora cerró la puerta y Rogers se dirigió a la habitación que le había indicado Pierre como reservada para él. En la contigua estaba Jimmy, quien, aunque pretendió dormir, sabía perfectamente quién había llegado. La puerta estaba abierta.

—¡Hola, Goodruff! He visto un equipaje en esa habitación, y he pensado: ¿a quién diablos pertenecerá?

—A mí me parece que usted debe saber quién ha sido el que ha telefonado a mi oficina pretextando que era Timothy Bix—dijo Rogers bruscamente.

—¿Es posible que alguien haya hecho esto?—preguntó Jimmy inocentemente.

—Sí, alguien lo ha hecho para humillar a una mujer que le ha dado calabazas... y para herir a otra que finalmente no le ha hecho ningún daño.

—En cuanto a humillar y a herir—respondió Jimmy muy decidido—, me parece que quien lo ha estado haciendo es usted.

—Todo lo que ha ocurrido podía haberse solucionado en una forma digna, sin introducir aquí terceras personas.

—No me considero una tercera

persona. Amo a Mary y me pracio de ser su mejor amigo.

—Supongo que ahora se habrá dado cuenta de la clase de amigo que es usted.

—Ella sabe que soy un buen amigo, pero cree que usted la quiere y esto la tiene trastornada. Sea como sea, opino que usted no se ha portado bien con Mary ni consigo mismo y he creído oportuno demostrarle cuál era la verdadera situación. Por esto he tenido empeño en que conociera a su esposa para que se

diera cuenta de cómo usted hacía sufrir a una mujer digna como Clara. He de reconocer que sabe usted elegir mujeres.

—Ahora que usted ha provocado este incidente, espero que sabrá aclarar la situación. No creo que Mary quiera volver a verle.

—Muy bien. Si Mary todavía quiere verle a usted después de lo sucedido, me retiraré dignamente. Pero debo advertir una cosa, Goodruf, si se porta mal con Mary, le consideraré a usted responsable.

AL AMANE CER

EL reloj del bar de los del Canto marcaba las dos. Todas las luces de la casa estaban encendidas y todo daba a entender que nadie dormía.

Mary, vestida con traje de calle, hablaba por teléfono.

—Sí, un taxi inmediatamente a casa de la señora del Canto, en la avenida Maple. Sí, ya lo sé que ha caído un árbol en el camino. Puede usted parar en la parte alta de la carretera y haga sonar la bocina en cuanto llegue, yo estaré al acecho.

Mary colgó el teléfono y pasó a la salita. Clara apareció vestida para marcharse.

—No sabía que estuviera levantada—dijo Clara.

—No es necesario que usted se

vaya. Acabo de pedir un taxi para marcharme yo.

—Mary...—dijo Clara—, pienso verla en Nueva York en cuanto haya tenido tiempo de meditar un poco. Lo inesperado de todo ello, el disgusto que me ha causado, me priva ahora de hablar como debiera.

—Me parece que habló usted franca y definitivamente.

—Más bien parece que usted ya hubiese trazado sus planes antes de conocerme, ¿verdad que acierto?

—Sí, porque creía que él me quería...

—¿Cree usted que él la quiere?

—Estoy segura de que me quiere.

—Entonces ha ocurrido lo que yo temía... ha encontrado alguien superior a mí.

—No me creerá usted, si le digo

cuánto siento que esto haya ocurrido en esta forma... Me la había imaginado tan distinta, no sé por qué...

—Distinta o tal como soy, podía usted suponer que a ninguna mujer le gusta verse postergada.

—¿No sé lo que daría para hallar una buena solución a este asunto?

—¿Quiere usted que le diga que la creo? En realidad... he estado pensando en algunas cosas que nos hemos dicho durante esta noche y en cierto modo, la admiro; no puedo evitarlo. Por otra parte, estoy segura que el afecto que siente por Rogers es sincero.

—Lo que yo no comprendo—dijo Mary—, es cómo un hombre que tiene a una esposa como usted, puede pensar en otra mujer.

—Excepto usted.

—¿Adónde piensa ir?

—Voy a llamar un taxi para que me lleve a casa—respondió Clara, dirigiéndose al bar para telefonar.

Al instante entró Rogers en la habitación.

—Mary, ¿ha visto a Clara?

—Sí, está en el bar hablando por teléfono.

Rogers iba a entrar en el bar.

—Rogers, no le hable usted ahora. Yo he estado conversando con ella. Es mejor esperar a que se tranquilice, antes de que vuelvan a ver-

se. Tiene usted mal semblante, ¿no se encuentra bien?

—Sí, estoy bien. Nunca la he admirado tanto como ahora, Mary.

La voz de Goodruf no era la de un hombre que intentase hacer el amor a nadie en aquel momento.

—La admiro porque se olvida de usted para pensar en ella.

Mary no acababa de entenderle.

—Mary, en mi vida me he portado bien con ninguna mujer; con mi esposa tampoco. No obstante, ahora voy a serlo franco. Usted tiene suficiente presencia de ánimo para sobreponerse a cualquier obstáculo que se opusiera a nuestra vida. Yo no tengo esa cualidad. La engañaba a usted cuando le decía que vivíamos en un mundo exclusivamente nuestro... Yo estaba tan absorto en mis trabajos durante el día, que al verla a usted creía que podrían realizarse ciertos sueños de color de rosa. Me olvidaba de la realidad. Pero en el instante en que mi mujer ha penetrado en el mundo de esos sueños, éstos se han derrumbado y perdido todo valor.

Mary abrió los ojos desmesuradamente y cada palabra de Goodruf era un mazazo en su cabeza.

—Jamás había pensado en que esto pudiera ocurrir. Soy muy egoísta. No crea, Mary, que solamente

la he engañado a usted y a Clara, me engañaba a mí mismo.

—¿Cree que ella volverá con usted?—se atrevió a preguntar Mary.

—Ruego para que así sea.

Las lágrimas que la literata había conseguido dominar asomaron a sus ojos.

—Quiero darle las gracias—dijo con ironía—, por haberme añadido a la colección de sus conquistas. Aunque supongo que se me considerará como una pieza de museo.

La situación de Rogers era más que violenta, especialmente ahora que Mary había recobrado el uso de la palabra.

—Y pensar que yo era la literata que conocía todos los secretos del amor...

—No hable así, Mary...

—Bueno, esa lo que fuere lo que usted sentía por mí, yo soy la que explicaba a mis lectores todos esos secretos. Yo soy la que creyó ser la protagonista de una novela que había de encantar al mundo... la inspiración de un gran amor. Era otra Julieta... una moderna Cleopatra... y todo el rato no era más que una de sus aventurillas. Créame, Rogers, que en una noche he aprendido mucho y muy rápidamente. He aprendido que una mujer inteligente a veces no es más que una pobre infeliz.

Mary se puso a llorar amargamente al pronunciar las últimas palabras.

Bridget se presentó vistiendo una elaborada bata como si se tratara de asistir a un incendio o a un terremoto.

—Pero, ¿qué ocurre en esta casa? Todo el mundo está levantado en lugar de estar durmiendo.

Jimmy entró también.

—Me he levantado—dijo— en vista de que se celebra una fiesta nocturna.

—¿Qué les pasa a todos?—insistió Bridget—. ¿No saben ustedes que las camas se han hecho para dormir? Hace rato que oía pasos y conversaciones, por esto me he decidido venir a averiguar lo que pasaba.

—Mary...—empezó Jimmy.

—Te suplico que no me hables. Clara se reunió con los demás.

—He tenido mucho trabajo para convencer al garaje que los dos taxis eran para la misma casa.

—¿Dónde va usted?—preguntó Bridget, asustada.

—Regreso a mi casa—repuso Clara.

—¿En dos taxis? ¿No me diga que es gemela!

—No, Bridget—explicó Mary—, el otro taxi es para mí.

—Van a tomar mi casa por un

club nocturno, pidiendo taxis a las dos de la madrugada.

—No tema, Bridget—dijo Jimmy—, usted tiene muy buena reputación en esta comarca. Clara, si puede usted esperar a que levanten el árbol de la carretera, yo la llevaré a Nueva York en mi coche. Esta es mi obligación.

—Gracias, Jimmy, pero llegará el taxi de un momento a otro y prefiero marchar.

En la habitación se hallaban Clara, Jimmy, Mary y Rogers. Bridget miraba de uno a otro. Veía a las dos mujeres vestidas a punto de marchar y como ignoraba la conversación entre aquellas no se explicaba el motivo de que todos estuvieran levantados en aquella intempestiva hora.

—A mí me gustaría saber qué es lo que ocurre en mi casa—dijo al fin.

—Jimmy podrá explicarle la broma que nos ha jugado a todos—dijo Mary.

—A ver, Jimmy, cuéntelo—pidió Bridget, dispuesta a pasar un buen rato y riendo anticipadamente.

Jimmy no pronunció palabra, y Mary se decidió a explicar la difícil situación en que se hallaban todos.

—Bridget, esta señora es la esposa de Rogers Goodruf.

—¡Imposible!—exclamó la seño-

ra del Canto, dispuesta a desmayarse y pedir el pomo de las sales.

—Sí, Jimmy la hizo pasar por su prima y divertirse a costa mía.

La entrada de Walter interrumpió a Mary.

—¿Qué plan es éste? ¿Todos reunidos menos yo? Bridget, ¿qué haces aquí?

—¿Yo? Pues mira, como el barco envuelto en la neblina, tocando la sirena. Lo que pasa es que Jimmy trajo la esposa del caballero, porque está enamorado de la chica que el caballero pretende... y la esposa del caballero quiere marcharse en un taxi a las dos de la madrugada... y el sol sale en el Este y se pone en el Oeste.

Era evidente que la cabeza de Bridget no estaba preparada para tantas emociones.

—Bridget querida—dijo—, me imaginé que un par de payasos te divertirían para pasar el fin de semana, pero luego la casa se llenó de payasos y sólo hemos conseguido convertir tu casa en un manicomio; pero si la confesión de que me sabe mal todo lo que ha ocurrido ha de satisfacer a alguien, pueden creer que me siento avergonzada.

Pronunciadas estas palabras, Mary iba a retirarse a otra habitación.

—Mary, Mary—llamó Bridget—,

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

a ti lo que te hace falta es tomar una taza de café.

—No, gracias, voy a buscar mi maletín.

—Pero no puedes marcharte ahora. ¿Cuándo y cómo vas a acabar tu último capítulo?

—Ya está terminado. Se han resuelto todos los problemas.

Mary salió de la salita, y Bridget dijo a Walter en voz baja:

—Mary es una perfecta tontita, pero la quiero. Cuando la veo hacer torpezas me siento más unida a ella. Bueno... yo quiero tomar una taza de café. Walter, vamos a la cocina y me ayudarás.

Obediente como siempre, el marido siguió a la esposa.

Clara y Jimmy quedaron solos.

—Señora Goodrut, no sabe usted cuánto siento lo ocurrido.

—No se preocupe, ya está todo arregiado. Además, un día u otro tenía que pasar.

Entró Rogers y se dirigió a su esposa:

—Clara, yo te llevaré a casa.

—No, Rogers, gracias.

—¿No querrás creerme si te digo que eres la única mujer en mi vida?

—Poco importa esto ahora, Rogers. Esta vez es distinta de otras. Antes, cuando llegabas arrepentido, sentía una tranquilidad al recobrar-te porque sólo pensaba en ti... ja-

más en la que habías dejado. Esta vez la he conocido. Ella me habló con franqueza mientras ignoraba quién era yo...

—Pero Clara — interrumpió su marido —

—No, Rogers... hemos terminado.

—¡Clara, te suplico! No te entiendo.

—Ya veo que no te das cuenta de lo que te digo. No te cabe en la cabeza que haya dejado de quererte, pero esto ha ocurrido. Piensa en las humillaciones que he sufrido durante los años de nuestro matrimonio... por nuestro nombre, porque te quería mucho vivía de la esperanza que algún día cesarían tus calaveradas, que tendríamos hijos, un hogar verdadero... pero tu comportamiento con Mary me ha hecho ver un lado tuyo que yo ignoraba. Ella no es como las demás, no iba en busca de nombre ni posición porque ya los tiene... creo que te quiero y, escucha bien, Rogers, no vales uno de los muchos minutos de angustia que me has hecho sufrir, pero puedes tener la seguridad de que no me harás sufrir más. ¡Adiós, Rogers!

Jimmy se acercó al editor:

—Esto tenía que pasar, Goodrut. Alguna mujer le diría que no algún

día y se lo diría de verdad. El mal viene de que a veces los hombres son demasiado listos. Creen que una vida sencilla, de hogar, con esposa y niños, es cosa vulgar y van en busca de algo superior...

—Tiene usted razón, Lee, ahora me doy cuenta de ello.

A estas palabras del editor siguió un silencio embarazoso.

—Diga, Goodruf, ¿por qué no intenta salvar su hogar de este naufragio? Dos mujeres inteligentes tenían formada buena opinión de us-

ted... y quién sabe si una de ellas volvería...

—Temo que no sea posible.

—Yo, en su lugar, no dejaría escapar a Clara. Procure alcanzarla; el taxi no se ha puesto en marcha; el árbol priva el paso todavía...

—¡Ojalá quisiera escucharme!

—Vale la pena de intentarlo.

—¡Lo intentaré! ¡Gracias!

—¡Mucha suerte!—exclamó Jim—muy al ver desaparecer a Rogers por la puerta que comunicaba con el jardín.

EL ARCO IRIS

BRIDGET y Walter entraron de nuevo. Él con una bandeja en la que se veía la cafetera y tazas, la cual depositó encima una mesa.

Mary se presentó por la otra puerta con dos maletines.

—Mary, ¿es verdad que te marchas?—preguntó Bridget.

—¡Claro que sí!

—Bueno, pero antes tomarás una taza de café. Ya está preparado.

—Bueno, haré lo que quieras.

—Así me gusta, Mary—dijo Jimmy—, y yo ya me colocaré lejos de ti.

Acompañó las palabras del movimiento y fué a sentarse al otro extremo de la sala.

—Mary, si yo estuviera en tu lugar, jamás perdonaría esa jugada a

Jimmy—dijo Bridget—. Si una mujer se empeña en portarse como una tonta, el hombre no tiene porque privárselo. ¡Ah, yo también he sufrido algunos errores! Pero tú eres una mujer inteligente...

Walter temió que su esposa iba a decir alguna barbaridad y la tocó ligeramente con el codo.

—¿Sabes que Walter es muy sutil? Ya comprendo, Mary, que perder al ser querido es muy triste. Si se muere, es distinto. No creas que la muerte sea una cosa triste... es más triste enamorarse. Si no nos enamoráramos no habría tanta desdicha en el mundo... ni tanta felicidad.

Desde su rincón, Jimmy escuchaba las sandeces de Bridget y decidió interrumpirla.

—¿No hay una tacita de café para mí?

—En realidad no se la merece, después de la forma en que ha tratado a la pobre Mary. No sé cómo ella puede ni tan sólo mirarle. Es decir, que porque ella le dijo que ya no le quería, usted le jugó ese bromazo. Le advierto que ha terminado conmigo... y Mary tampoco quiere saber nada con usted.

Pronunciado este discursillo Bridget pasó arriba y abajo de la habitación, regresando luego al lado de su amiga para consolarla. Mary parecía no darse cuenta de cuanto ocurría a su alrededor.

—Mary—dijo Bridget, haciendo nuevamente uso de la palabra, en vista de que nadie tenía ganas de hablar—, es que insisto en que no debes hablar jamás con Jimmy. Cuando un hombre no tiene consideración por los sentimientos de una... Nosotros, las mujeres, somos tan sensibles, ¿verdad Mary?

—Sí, querida amiga—contestó la escritora maquinalmente.

—Me parece que no te haces cargo de lo que quiero decir—insistió Bridget, no demasiado segura de sí misma.

—Sólo veo tu buena voluntad, Bridget, y esto me basta—dijo Mary.

—Pero es que hay algo más to-

davía. Jimmy cree ahora que todo es asunto terminado y...

—Señora del Canto, yo no he dicho una sola palabra, y no puede usted juzgar opiniones que desconoce—interrumpió Jimmy, irónicamente.

—¡Soy muy desgraciada! — exclamó Bridget—. Nunca puedo conseguir que nadie me entienda.

—Está usted en un error — dijo Jimmy—, es usted transparente.

—¡Oh, qué gracioso! — exclamó Bridget, riendo satisfecha.

El eco de su risa sonó desafinado en aquel momento, tanto más porque ninguno de los presentes le hizo coro. Una de las buenas condiciones de Bridget era que se daba cuenta de cuando comía una tontería y procuraba rectificar. Cogió la mano de Mary, y dijo:

—Perdóname Mary, no debí reír cuando tú estás tan triste.

—No es tristeza lo que siento precisamente..., es...

—¿La humillación? — insinuó Bridget.

Desde su rincón, Jimmy reía por lo bajo.

Mary se agitó con nerviosidad.

—Estoy segura de que he cometido otra imprudencia—dijo Bridget.

—No te preocupes—dijo Mary—, todo me da igual.

—Pues tampoco debes entregar-

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

te a la desesperación. Es un estado morboso que no conviene a nadie. Tú olvidarás a Rogers y olvidarás a Jimmy...

—Es posible que os olvide a todos.

—No debes olvidarme a mí, Mary. He procurado ser una buena amiga.

—Y lo eres, tu buena voluntad es admirable..., si tan sólo...

—¿Qué, Mary?

—¡Oh, nada, nada! Todos tenemos nuestra manera de ser, y a veces, los que se creen ser más inteligentes son los que más grandes errores cometen.

—¿Es de una de tus novelas este concepto?

—Todavía no he publicado nada dentro de ese estilo.

—De ahora en adelante las heroínas de Mary discutirán de otro modo—dijo Jimmy.

No fué oportuna la interrupción, y Mary se sintió herida. Bridget salió de nuevo en defensa de su amiga.

—¿Jimmy, no se ha dado usted cuenta de que sus «gracias» ya no nos hacen «gracias»? No conteste, lo prefiero, porque dirá otra impertinencia, y por una noche Mary ya ha sufrido bastante. ¿Has aprendido mucho? ¿Verdad que antes nos lo has dicho así?

—Sí, Bridget, he aprendido una

de aquellas lecciones que no se olvidan en toda la vida.

—¿Tú crees? Yo, según por qué cosas soy muy olvidadiza.

—Es preferible. Así sufres menos.

—Pero tú no vas a arruinar tu vida por esas tonterías de Jimmy, ¿verdad?

—Si sólo se tratara de Jimmy...

—Les advierto que yo estoy aquí, cuidado con lo que hablen.

Las dos mujeres hicieron como si no le hubiesen oído.

—... poco me preocuparía—continuó Mary,—pero hay algo más. Como has dicho antes, sin querer ofenderme, estoy segura, hay la humillación sufrida ante Clara Goodruf...

—Sí, y que él se ha ido con ella.

La pobre Bridget no podía pasar diez minutos sin decir algo inconveniente, y sólo atinaba en ella cuando ya era tarde para rectificar.

Walter había permanecido todo el rato silencioso, mientras las dos damas platicaban sin darse cuenta que era ya de madrugada y que sería mucho mejor retirarse a dormir, dejando a Jimmy y Mary que siguieran peleados o hicieran las paces a su antojo; pero era tanto el dominio que tenía Bridget sobre su marido, que no se atrevió a dar una opinión en voz alta, limitándose a dirigir unas expresivas miradas a su esposa.

—Sí, Waler, ya comprendo que es muy tarde, pero no puedo dejar a Mary sola aquí con el corazón partido.

—Mi taxi no puede tardar mucho—dijo Mary—, en todo caso, si quieres retirarte...

—No, querida Mary, no estoy nada cansada, y quiero estar aquí hasta el final.

—Sí, es preferible que veas cómo cae el telón, por más que ya sabes cómo acaba la tragedia.

Del sitio donde se hallaba Jimmy llegó un profundo suspiro. Walter no pudo evitar una sonrisa, que fué sofocada inmediatamente por una severa mirada de su esposa.

—Cuando se trata de ir al teatro—explicó Bridget—, prefiero ver tragedias a comedias... me gustan las escenas tristes, aunque tengo un temperamento animado.

—¿Entonces hoy Jimmy te ha proporcionado un buen espectáculo?—preguntó Mary.

—¿Cómo puedes decir esto, Mary? Además, ahora tú estás triste, pero ya verás como todo pasará.

—Así lo espero, con el tiempo...

—Con el tiempo llegarás a reírte de todo esto.

—Bridget, eres encantadora, eres la amiga ideal, incluso en situaciones como la presente. En compañía de otra, todo lo que ha acurrido aquí

hubiese tomado otro cariz; en cambio, poco falta para echarme a reír...

Mary hablaba con marcada amargura, y su amiga, que no adivinaba el verdadero sentido de sus palabras, la miraba para que le indicara cómo había de tomarlas.

—No te preocupes, Bridget, todo cuanto haces y dices está bien, y bien sabes que no te guardo rencor. Estaría injusta contigo si quisiera darte a ti la más pequeña parte de una culpa que toda me corresponde a mí. Cuando una mujer como yo escribe sobre el amor, aconseja y discurre sobre el corazón femenino, debería antes examinar el suyo, que el de los demás. Sólo haciendo este examen muy concienzudamente, podría lanzarse a sentar teorías e imaginar heroínas irreales.

—Opino igual que tú—dijo Jimmy.

Nuevamente se ignoró la voz de Jimmy.

—Sólo cuando uno se conoce bien a sí mismo, cosa muy difícil, se puede opinar sobre los demás. Es indudable que yo no me conocía.

—¿Es posible?—preguntó Bridget.

—¡Son posible tantas cosas que nos imaginamos inexistentes! Luego, cuando nos encontramos en medio de ellas, nos damos cuenta de que son lo más natural del mundo.

—Es terrible esto de ser escritora, Mary. Os complicáis la existencia. Yo he tenido mis desencuentros en esta vida, no siempre he sido feliz como ahora, pero..., después del desencuentro no se me ocurrían tantas filosofías como a ti. Sufría una rabietta... y a otra cosa, mariposa.

—Mary podría aprender algunas cosas de usted, Bridget—dijo Jimmy—, no todas, sólo algunas.

La observación de Jimmy hizo sonreír a Mary, porque la cogió en un momento de descuido. No le pasó a él desapercibido el hecho, y volvió a insistir.

—Tiene usted condiciones humorísticas envidiables, Bridget, que le valen mucho a una mujer para andar por el mundo, ya que no es siempre posible andar por las nubes.

—Jimmy es de los que les gusta pisar tierra firme—dijo Mary, mirándole con desdén.

Ya se había roto el hielo.

Jimmy parecía estar muy satisfecho.

—Bueno, yo me lavo las manos en este asunto—dijo Bridget—, y voy a retirarme, Walter, ¿vienes?

Apenas se habían retirado Bridget y su esposo, se oyó una bocina que hacía toques de señal. Mary se dispuso a salir.

—¿Supongo que ha llegado el mo-

mento de despedirnos? — preguntó Jimmy.

—Así parece — respondió Mary.

—¿Pero no será para siempre?

—Creo que sí, ¿no te parece Jimmy?

—Muy bien, si así lo quieres.

La rápida conformidad que Jimmy dió a la idea de una despedida definitiva contrarió a Mary.

—Hemos sido buenos amigos, Mary... no te guardo ningún rencor. Déjame, yo llevaré los maletines.

—¡Jimmy!

—Sí, ¿Minnie?

—Te suplico que no me llames Minnie.

—¿Por qué? Todas las mañanas, cuando despierte, le preguntaré al reloj: ¿Qué tal, compañero, cómo supones que se encuentra hoy Minnie?, y luego cantaré esta canción:

*Minnie... la de los ojos azules,
ojos de ensueño...*

Mary continuaba disgustada y no leía las gracias de su novio.

—¿Quieres darme los maletines?

—Oh, tus lentes! Mira, los dejabas olvidados encima esa mesa.

Jimmy cogió las gafas y las dejó caer al suelo deliberadamente. Mary se acercó adonde habían caído y los pisoteó para dar a entender que la

época romántica que representaban ya había terminado para siempre. Jimmy la abrazó. De nuevo se oyó la bocina del taxi tocando con impaciencia.

Bridget y su marido bajaron a la salita para averiguar el porqué nadie acudía al taxi y vieron a los dos jóvenes abrazados.

—¿Qué ocurre?—preguntó Walter.

—Sé lo mismo que tú, porque hemos entrado juntos, pero sospecho que todo marcha por buen camino. Ahora que ya se han marchado todos podemos descansar, aunque ya son las tres y el sol sale en el Este y se pone en el Oeste.

FIN

Pida el nuevo

CATALOGO GENERAL de Editorial Alas

que contiene las últimas novedades de las famosas colecciones:

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

-:- NUESTRO TEATRO -:-

y otras muchas publicaciones de gran éxito

Lo remite gratis Editorial Alas - Apartado 707 - Barcelona

Los más célebres artistas
Las grandes producciones
La mejor literatura
siempre en **Editorial ALAS**

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arias
Rinconcito madrileño . . . P. C. Velásquez
María de la O Carmen Ariuza
¡No quiero! (No quiero) . . José Baviera
Eram tres hermanas Lucita Gargallo
Bohemios Emilia Allaga
Don Floripondio Valeriano León
Los hijos de la noche . . Miguel Ligeró

Martingala Niño Marchena
Rápteme usted Celia Gómez
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmenat
Tierra y cielo Maruchi Fresno
Jai-Alai Inés de Val
¿Quién me compra un
un lio? Maruja Tomás
Alas de paz Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana . . . I. Argentina
El entre lacrado L. Gargallo
La Dolores Rosita Díaz
La Millona R. de Sentmenat
Suspiros de España . . . Miguel Ligeró
Gloria del Manceyo (Luz
de Aragón) M. de Diego
El ocrevo mandarinato . . Lina Yegros
Rumba al Cairo Miguel Ligeró
El difunto es un vivo . . . Antonio Vico
Malinas de viento Pedro Terol
La alegría de la huerta . . Flora Santacruz
El barbero de Sevilla . . Miguel Ligeró
Melodía de arrabal . . . I. Argentina
C. Gardel

Sol de Valencia Maruja Gómez
Misterio en la Mailoma . . Tony D'Algy
Rosas de otoño M. F. L. Guevara
La patria chica Estrellina Castro
La chica del gato Jolita Hernán
Un anillo de familia . . . Mercedes Vocino
La culpa del otro Lulu Prandis
Fin de curso Luchy Soto
Mi enemigo y yo Jolita Hernán
Y tú... ¿quién eres? . . . José Nieto
Una mujer en un taxi . . . Silvia Morgan
Una herencia en París . . Tony D'Algy
Empezó en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón . . . Miguel Ligeró
La Parrala Maruja Tomás
Verbena Maruja Tomás
Rosa de África Rafael Medina
Noche de engaño Amadeo Nazari

Cautivo del deseo Leslie Howard
Flor de espino Gracia de Triana
Tú llorarás Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Geroni
Ofelio Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Los artistas más célebres

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata . . . Charles Colling
Melodía de Broadway . . Robert Taylor
Apuesta de amor . . . Gene Raymond
Héctor Fieramosca . . . Gino Cervi
El mundo a sus pies . . . Lily Pons
Sepultada en vida . . . A. Nazari
Defensores del crimen . . Richard Dix
Aventura Pompadour . . . Kati de Nagl

Melodía rota Billy Bergel
Titanes del mar Victor McLaglen
Cupido sin memoria . . Ann Sothern
María Bona Paula Wessely
Posada Jamaica . . . Charles Laughton
El caso Vare Clive Brook
Quimera de Hollywood . Joan Fontaine
Los tres vagabundos . . Heinz Rühmann

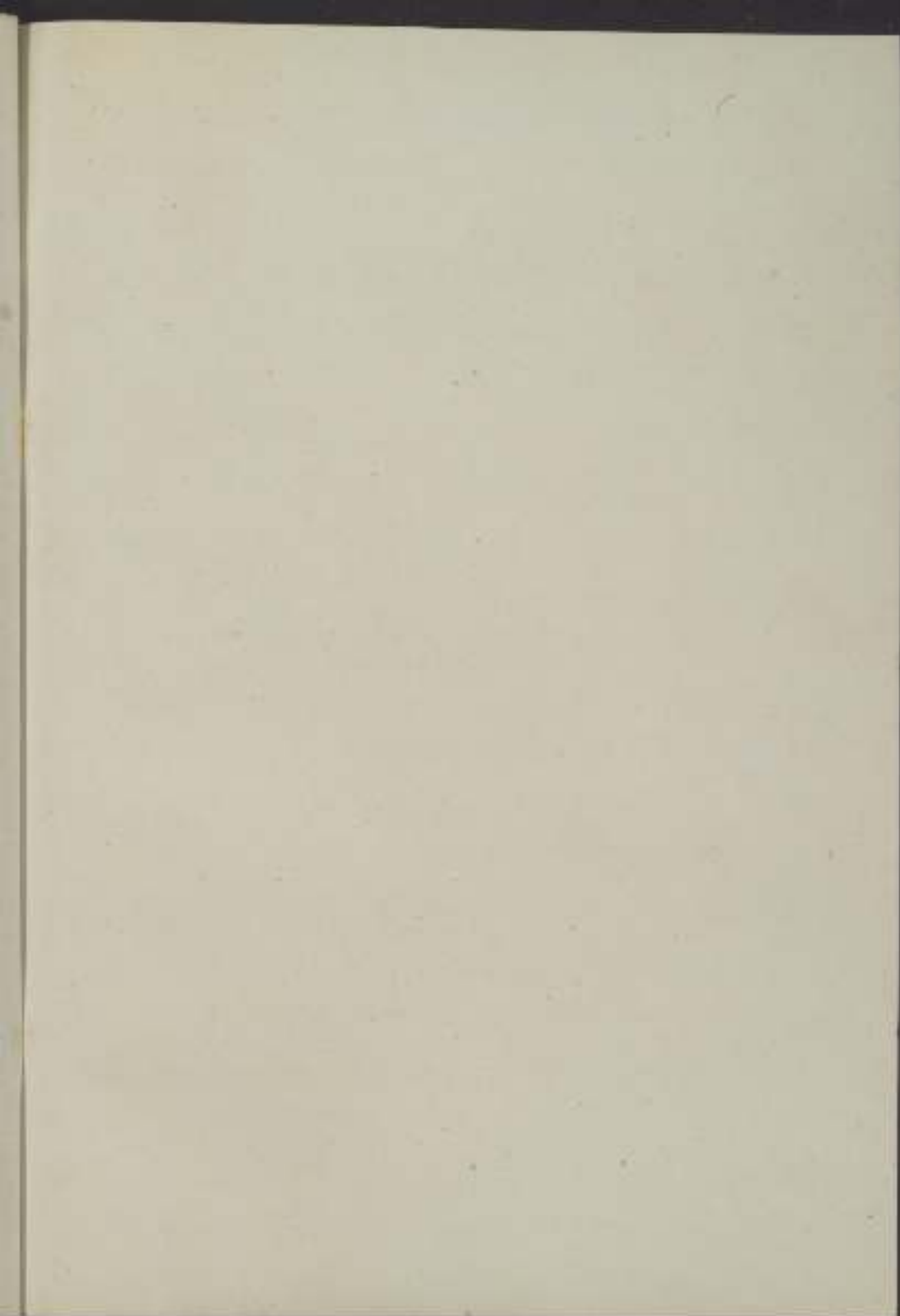
SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los
ciefantes Sabú
Tú cambiarás de vida . M. Redgrave
Las dos niñas du Paris . C. Borghon
¿Es mi hijo? Lili Dagover
La última avanzada . . . Cery Grant
Vacaciones juus Harvey Mickey Rooney
Margarita Gautier . . . Greta Garbo y
Robert Taylor
Mortal sugestión Ann Harding
Una chica insoponible Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche Edmund Lowe
Alarma en el expreso . M. Reedgrave
Crimen de medianoche Ramón Pereda
El signo de la Cruz . . Fredric March
El acorón invisible . . . Walter Abel
Los dos pilloles Jacques Távoli
Pygmalion Leslie Howard
María Estuardo Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces Michael Rodgrave
Por la dama y el honos Paul Lukas
El día que me quieras . Carlos Corder
El pequeño lord F. Bartholomew
Tarzán de las fieras . . Buster Crabbe
Albergue nocturno . . . Greta Gynn

El misterio de Villa Rosa Judy Kelly
Acusada Dolores del Río
Forja de hombres . . . Mickey Rooney
Lo prefiero millonario . Gene Raymond
Los peligros de la gloria James Cagney
La bella rebelde Ann Sothern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible . . Jenny Jugo
El hombre del Nígar . . Victor Francen
Extraños en luna de miel Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio Mickey Rooney
Fruto dorado Clark Gable
El secreto del marqués Armando Falcón
Ironía Ana Neagle
Una hora en blanco . . Franchot Tone
La batalla Charles Boyer
La familia Robinson . . Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras Greta Garbo
Luna llena Joan MacDonald
La hora radiante Joan Crawford
Cuando ellas se encuent. Melvyn Douglas
El rapto de Laura . . . Joan Fontaine
Una chica se divierte . . Joan Arthur
Una mujer endiablada Lupe Vélez
El club 400 George Murphy

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA.





2'50 Ptas.

IMPORTE CERTIFICADO
PARA EL RES. JUBILADO